

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1869. — Tomo XXXIV.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administracion general, passage Saulnier, número 4, en Paris.

AÑO 28. — N° 862.

SUMARIO.

La Exposicion de Bellas Artes de 1869; grabado. — La estacion de los baños. — Persecuciones contra el cristianismo. — Los monges del monte San Bernardo. — El cable trasatlántico francés; grabados. — Revista de Paris. — Poemas. — Exposicion y concurso regional de Beauvais; grabados. — La espada del muerto. — Juana Hachette; grabado. — La liga internacional de la paz; grabado. — La Francia pintoresca; grabados. — El llanto de la vida. — Curiosidades científicas. — El caballero V. Florio; grabado. — Las sociedades de socorros mutuos en Francia; grabado.

La Exposicion de Bellas Artes de 1869.

Consagramos la primera página de este número á la reproduccion del dramático episodio que representa el cuadro de M. Eugenio Fichel, titulado: *la Noche del 24 de agosto de 1572, antes del degüello*.

Paris se encuentra ya envuelto en las tinieblas; dentro de algunos instantes la campana de San German l'Auxerrois dará la señal del horrible degüello con el cual la reina Catalina de Médicis va á celebrar la fiesta

del apóstol san Bartolomé. Los nobles protestantes atraidos en crecido número á la capital, bajo pretexto de asistir á las bodas de Enrique de Navarra con Margarita de Valois, duermen en sus casas tranquilamente. Hé aquí los guardias suizos y los arcabuceros con la cruz blanca encima de la frente, señal convenida entre los promovedores del degüello. Un hombre guia sus pasos al través de las calles silenciosas: á la pálida claridad de la luna consulta la lista fatal trazada por la reina, Guisa, Aumale y Angulema, y á una señal suya los soldados marcan de blanco las casas que atropellarán muy



Exposicion de 1869. — *La Noche del 24 de agosto de 1572, antes del degüello*, cuadro por M. Eugenio Fichel.

luego. Dentro están las víctimas: los que hayan hecho bien su terrible oficio podrán despues entregarse al saqueo.

Los degüellos de la noche de San Bartolomé han ejercido ya el talento de muchos artistas; pero justo es decir que la obra de M. Fichel no le cede en nada á las de sus antecesores. El episodio actual no puede estar mejor elegido. Los preliminares de un crimen tienen un horror pintoresco que no siempre se encuentra en el acto mismo; el asesino que se desliza en la sombra tiene un aspecto mas siniestro que el que hiere. M. Fichel ha demostrado en esta hermosa obra las severas cualidades de dibujo y de composicion que le legó su ilustre maestro Paul Delaroche. A. DE L.

La estacion de los baños.

Para permanecer en la capital en esta época es preciso poseer una salud completa ó carecer de todo recurso, es decir, no tener sobre qué caerse muerto ó ser de todo punto indiferente á las tenaces exigencias del lujo, de la moda y de la costumbre.

¿Quién no tiene alguna enfermedad mas ó menos crónica, ó mas ó menos aguda, á quien engañar con cualquiera de las diferentes aguas medicinales cuyos prodigiosos manantiales parece que huyan de las ciudades, como si las raras virtudes de que están dotadas solo pudieran conservarlas escondiéndose en las solitarias profundidades de los valles ó en las desiertas asperezas de las montañas?

Y aquí no puedo menos de manifestar la extrañeza que me causa el raro empeño de esas aguas virtuosas obstinadas en vivir lejos de las grandes poblaciones, apartadas del ruido y del tumulto de la vida sin que acierten á vencer los instintos de su naturaleza salvaje, ni la intervencion civilizadora de los caminos de hierro, ni la accion rápida y eficaz de los telégrafos eléctricos.

Vemos á los rios brotar en las montañas, precipitarse impacientes por los peñascos, abrirse paso por los valles, tenderse por las llanuras y formando extensas curvas ó repentinos recodos, torciéndose unas veces á la derecha, otras veces á la izquierda, caminar mansos ó impetuosos de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad dejándoles como un recuerdo de su paso frondosos presentes en fértiles riberas y en frondosas huertas.

El Sena baña á Paris; el Támesis se hincha de vez en cuando como si quisiera decirse á sí mismo que en aquel momento pasa por delante de la orgullosa Lóndres; en las aguas del Rin se miran como en un espejo las mas bellas ciudades de Alemania.

Vemos el mar tenderse, revolverse y agitarse acometiendo en constante afán á las costas que le cierran el paso como si cansado de sus tempestuosas soledades quisiera buscar reposo en las felicidades de la tierra.

Y lo vemos azotar con el repetido golpe de sus altivas olas las sólidas murallas de grandes ciudades como un gigante que llama á una puerta; ó lamer humilde la arena de la playa, que se tiende delante de la modesta aldea, como un pobre que pide asilo.

¿Cómo pues esas aguas misteriosas no se atreven á salir del apartado umbral de sus ocultos manantiales? ¿Por qué no bajan de las montañas ó suben de los valles y llevan de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad el raro beneficio de sus virtudes?

¿Por qué en Paris donde está todo no está Vichy? ¿Por qué en Madrid donde no falta nada no está Panticosa? ¿Por qué Aguas-Buenas no ha de estar á la vez en todas partes?

A las grandes poblaciones acude todo: el dinero, la industria, las mas extranas invenciones, los mas raros prodigios; en ellas se encuentra todo lo que se necesita; solamente esas aguas medicinales se obstinan en no salir de su casa.

No hay modo ni manera de llevarlas á ninguna parte sin que pierdan la virtud particular que en ellas se busca y cuyo secreto guardan con el mayor sigilo.

El agua de suyo tan murmuradora y andariega calla esta vez como una piedra y permanece inmóvil como un muerto.

Se la coge y no se resiste, se la somete á la accion del análisis mas escrupuloso y se deja descomponer por las manos de la ciencia como un reloj por las manos de un niño.

Parte por parte, sustancia por sustancia, cantidad por cantidad, todo está averiguado; el conjunto de todas esas cosas forma esa agua: en ese conjunto está el secreto de su virtud maravillosa.

El sabio se da una palmada en la frente y exclama: «Eureka!» pero el agua no sabe griego y no repiica ni una sola palabra.

Esto no es mas que la mitad del camino; hay que desandar lo andado, hay que componer lo que se ha descompuesto.

El sabio pesa, mide y reúne las mismas cantidades, iguales partes, idénticas sustancias; aquí está el agua hecha por el hombre.

En efecto, allí están combinadas las mismas sustancias los mismos elementos en idénticas cantidades; todo está allí menos la virtud del agua, esto es, menos el agua que se busca.

El sabio se queda con la boca abierta, como deben quedarse las jaulas cuando el pájaro se escapa.

Sacad esa agua maravillosa de su misterioso nacimiento, dejadla que corra por la pendiente del valle ó la ladera de la montaña, detenedla á los cinco pasos,

cogedla y vereis que aquella agua ya es otra: se ha dejado la virtud en el manantial.

Hé ahí una gota de agua en la cual naufraga un sabio, un vaso de agua en el que se ahoga la ciencia.

Y el hombre tan poderoso que cruza el mar y penetra hasta en sus mas profundos abismos, lo tienen ustedes aquí parado sin tener una sonda con que medir la profundidad de una gota de agua.

¿Por qué ha de ser esto?

Pero es, y hé aquí por qué razon los que padecen alguna dolencia mas ó menos crónica, mas ó menos aguda, mas ó menos molesta, sea la que puiera su fortuna, que nunca es mucha la de aquellos que están enfermos, aunque lleven los bolsillos reventando de oro, no tienen mas remedio que salir de la ciudad en busca de unas de esas aguas que esperan tranquilas en las soledades en que se esconden al enfermo opulento ó pobre que llegó á pedirles una gota de salud para poder seguir tirando de la vida.

A estos no se les puede negar la razon con que se empaquetan como mercancías averiadas en los coches de los caminos de hierro y huyen á gran velocidad en busca de una salud que han perdido aquí y que esperan encontrar en Panticosa ó en Aguas-Buenas, en Cestona ó en las Caldas, en Albama ó en Archena.

Los que huyen empujados por el lujo deben considerarse en el mismo caso; lo que se llama buena sociedad necesita tambien beber de vez en cuando aguas saludables y respirar aires sanos.

El lujo las lleva y francamente hablando; no es el lujo una enfermedad á la vez crónica y aguda?

Es además una enfermedad incurable, no hay para qué ocultarlo; pero esos pobres enfermos han de dejarse morir so pretexto de que la enfermedad que padecen no tiene cura?

Los que se van por costumbre ya es otra cosa....

Pero hé aquí que el reloj me advierte con imperturbable impertinencia, que ya es tarde y me veo en la necesidad de detenerme como el tren que llega á una estacion.

Hagamos alto.

JOSE SELGAS.

Persecuciones contra el cristianismo.

Catorce terribles persecuciones experimentó el cristianismo, ó mas bien, segun la poética expresion de Chateaubriand, dió catorce batallas, en tiempo de los emperadores romanos, siendo cada una de ellas una victoria; corrió en todas la sangre de los cristianos, y cuantos mas soldados perdia, mayor fuerza y poder cobraba el cristianismo, porque el martirio ha sido uno de los medios mas enérgicos para el triunfo y propagacion de la religion cristiana. Apenas habia trascurrido un año desde la muerte de Jesucristo, cuando la cruz tenia ya mártires y adoradores; san Estéban, condenado á muerte en Jerusalem, nueve meses despues del suplicio de su maestro, tuvo el honor de ser inserto el primero en la lista de los mártires. Numerosas fueron las víctimas causadas por esa persecucion, pero no tuvo el carácter de una medida general, y mas bien se dirigió contra individuos cristianos que contra el cristianismo.

La segunda persecucion empezó en el año 64 de nuestra era, bajo el reinado de Neron; en uno de sus crueles raptos de ira, habia mandado este incendiar la ciudad de Roma para gozar del espectáculo de una gran catástrofe y dar ancho campo á su mania de edificar. Haciéndose pública la voz de que él tenia parte en tan odiosa locura, buscó los medios de hacer recaer en otras cabezas el horror que se levantaba contra él: acusó á los cristianos como autores del incendio. La inmensa mayoría del pueblo romano era enemiga de la nueva religion; aprovecharon pues la ocasion de perseguir á sus sectarios, aunque, segun el mismo Tácito, la inocencia de los cristianos fué conocida. La persecucion, mandada por un decreto, duró hasta la muerte de Neron (año 68); procedióse con furor; san Pedro y san Pablo fueron los caudillos de esa segunda serie de mártires.

El cruel Domiciano fué el que mandó la tercera persecucion (año 90). Temores políticos contra los descendientes de David que pudieran libertar la Judea y restablecer su independencia, falsas interpretaciones relativas á las expresiones figuradas del Evangelio hablando del reino de Jesucristo, que el desconfiado emperador tomaba al pié de la letra, y mas que todo, la sed de sangre, fueron la causa de las penas crueles á que un decreto condenó el crimen de cristianismo. Solo la muerte de Domiciano puso fin á los suplicios de que fueron víctimas hasta algunos miembros de la familia imperial.

Las ideas de orden y los intereses del paganismo, que era entonces la religion del estado, determinaron á Trajano á prohibir las asambleas y asociaciones cristianas. Los gobernadores de las provincias, excediéndose en las órdenes, ejercieron contra los cristianos las mas inauditas crueldades, de modo que la cuarta persecucion fecha del tiempo de uno de los mas grandes é ilustres emperadores que hayan gobernado á Roma. Pero la misma violencia de los rigores les puso un término; era tan fecunda la sangre de los mártires, que despues de diez y nueve años de lucha (desde 97 á 116), un gobernador de Judea escribia al emperador

que no bastaban los verdugos para castigar á los reos; entonces Trajano mandó suspender las ejecuciones.

Consideraciones políticas obligaron á Adriano á hacer aplicar con vigor las leyes que proscribian el establecimiento del nuevo culto, y desde el año 118 al 126, sufrió el cristianismo la quinta persecucion. En esa época, persuadido el emperador por los discursos de un obispo y un filósofo cristianos, mandó suspender los suplicios; sin embargo, hácia el fin de su reinado, volvieron á empezar parcialmente los rigores.

Durante el imperio de Antonino, empezó la sexta persecucion. El emperador mas bien la toleró que no la mandó; solamente habia privado leer los Evangelios, porque apartaban al pueblo de los altares de los falsos dioses; pero los jueces romanos confundieron los cristianos con el decreto dirigido contra las sagradas Escrituras, y la religion de Cristo fué proscrita por espacio de quince años (de 138 á 153). Desolado el imperio romano en 153 por grandes calamidades públicas, por el hambre, el incendio, inundaciones y terremotos, Antonino mandó implorar la compasion de todos los dioses, y en su amargura, dirigió sus votos y súplicas hasta el pié de los altares cristianos: cesó entonces la persecucion, y solo algunas víctimas cayeron á la venganza de sus contrarios.

El reinado de Marco-Aurelio proporcionó dias de gloria á los cristianos, y por espacio de mas de doce años (de 161 á 174), pagaron con la vida su religiosa creencia. En 174, algunas victorias adquiridas contra los bárbaros, debidas al valor de una legion compuesta de cristianos, conocida con el nombre de *legion de los rayos*, causaron una revolucion en el ánimo del pueblo y del emperador. Los edictos, hasta entonces dirigidos contra los cristianos, se trocaron para protegerlos, y hasta para castigar á sus enemigos: el acusar á un cristiano fué un crimen que se castigaba con la hoguera.

El cristianismo gozó una larga temporada de sosiego despues de la séptima persecucion. La octava no empezó hasta el año 200, en tiempo del emperador Severo. Aunque primeramente no se dirigia mas que á los judios y gnósticos, algunos de los cuales merecian el castigo, extendióse hasta los cristianos, que no pudieron ejercer en paz su culto, hasta el año 211, despues de la muerte de Severo.

La persecucion novena no tuvo lugar hasta el año 235, en tiempo del emperador Maximino. Este no deseaba sacrificar mas que los jefes del cristianismo, pero extendiéndose á mas, despues de haber herido á los pastores, se dirigieron contra los rebaños.

El emperador Decio mandó una nueva persecucion (249), diez años despues de haber cesado la novena. El decreto que dió á este efecto fué de los mas rigurosos, sacrificando una multitud de víctimas en los dos años de su imperio. El emperador Galo, que le sucedió, despues de haber hecho suspender por un momento las ejecuciones, mandó continuar las medidas de rigor, y el edicto de Decio se puso en planta hasta el fin de su reinado.

En el año 257, Valerio y Galieno renovaron el edicto de Decio, que era un decreto de proscripcion general contra el cristianismo, y esa fué la undécima persecucion en los anales cristianos. Duró tres años, tras los cuales la Iglesia gozó de una profunda tranquilidad, turbada únicamente por algunos actos de opresion y violencia en las provincias lejanas.

La duodécima persecucion, durante el imperio de Aureliano, cesó antes de dos años, y fué seguida de una larga tregua (de 275 á 303). Sin embargo, durante esa paz tuvo lugar en el Valés el martirio de la legion tebana (286); pero esa famosa ejecucion fué mas bien motivada por consideraciones de disciplina que de religion: habiendo la legion, compuesta de cristianos, rehusado asistir á un sacrificio hecho á los falsos dioses, en que tomaba parte todo el ejército, el general romano mandó matar los soldados que la formaban, mas como á rebeldes que como á cristianos.

Los nombres de Diocleciano y Maximino van unidos con la persecucion decimotercia, que fué una de las mas largas (de 303 á 325) y violentas, y cuyo odio debe recaer enteramente sobre el emperador Galerio; despues de haber obligado á Diocleciano y Maximino, por medio de la fuerza y el engaño, á que promulgasen el decreto de proscripcion. lo aplicó él mismo con la mayor crueldad, desde el momento en que subió al imperio junto con Constancio Cloro (304). Acosado de una dolorosa enfermedad, resolvió suspender el decreto, y atribuyendo los dolores que padecia á la venganza del Dios de los cristianos, quiso aplacarle, no prohibiendo mas el culto de sus altares. Pero habiendo muerto Galerio, los emperadores Maximino y Licinio restablecieron la legislación que proscribia el cristianismo: en los años 320 y 324 fué cuando Licinio desplegó la mas activa severidad contra los adoradores de la cruz: Constantino, arrebatándole el trono y la vida, puso fin á la persecucion.

Parecia que la conversion de Constantino debia terminar los tres siglos de calamidades, en medio de los cuales el cristianismo se habia acrecentado en términos de traspasar los límites mas lejanos del imperio romano. Sin embargo la lista de los mártires no se habia cerrado todavía. Es verdad que las rigurosas medidas dictadas por los emperadores Constancio (337), y Valente (366), sectarios de Arrio, fueron solamente dirigidas contra los católicos, y no contra las creencias cristianas; pero entre estos dos emperadores, Juliano el Apóstata empezó la persecucion decimocuarta emanada de los Césares.

Esta fué la última que sufrió el cristianismo: la Iglesia cuenta veinte y seis, pero solo las de los emperadores romanos tuvieron un carácter de proscripción general, porque un decreto dado en Roma se ejecutaba por todo el mundo conocido, en Europa, en Asia y en Africa. Doloroso é imponente es el espectáculo que ofrecen los accidentes de esa larga lucha entre el paganismo revestido de todos los poderes materiales, y el cristianismo armado de valor solamente para resistir. Furioso el paganismo con la inutilidad de sus esfuerzos de represión, apuró con la ferocidad propia de los salvajes de América todos los tormentos para amplificar la pena de muerte combinada de diferentes maneras; el hierro, el fuego, el hambre, los dientes y las garras de las fieras, eran los horribles suplicios á que acudían. El cristianismo, por su parte, opuso á sus verdugos grandes fuerzas morales, prodigios inexplicables de valor, de constancia, resignación y serenidad; debía salir vencedor.

No es creible que el pueblo romano se mostrase tan enconado contra los cristianos por afecto al paganismo. Había ya mucho tiempo, cuando fueron sacrificados los primeros mártires, que los filósofos se burlaban de las fábulas mitológicas, y que se escuchaba con desprecio á los augures. No fué pues el fanatismo pagano la única causa que hiciera arrojar tantos cristianos á las fieras: y si, como lo creemos, esta observación es fundada, fuerza es confesar que los romanos del imperio eran aun mas despreciables. Desalados tras aquellos juegos sangrientos en que veían lidiar fieras con fieras, hombres con hombres, ó bien fieras con hombres, sin duda que no les disgustaría la aparición de una religión nueva, que ofrecía abundante pasto de carne humana al pueblo rey, y gracias á ella, nunca faltaban actores para los dramas del anfiteatro. Los combates de los gladiadores no hubieran bastado á saciar la sed de sangre que sentía la ferocidad romana. «Ya no eran, dice Chateaubriand, aquellos hijos de Bruto que maldecían al gran Pompeyo porque había hecho batir á unos elefantes: eran unos hombres embrutecidos por la servidumbre, ciegos por la idolatría, y en cuyo corazón se había apagado toda humanidad á la par que todo sentimiento pudonoroso.» Y á no haber sido así, ¿cómo cabe que permanecieran insensibles á los embates de la desgracia, de la mocedad y de la virtud? ¿La voz de la compasión, no hubiera mil veces desarmado su ira, al ver tantas víctimas generosas que arrostraban la muerte con la mayor intrepidez? Sin embargo, el pueblo romano fué clemente un día: durante el reinado de Nerón, una familia de cristianos, compuesta del padre, la madre y una criatura, había sido condenada á ser arrojada á las fieras; habiéndoles echado un enorme león, el padre le aterró, despues de haberle despedazado la boca. Incapaces de sentir la sublimidad moral de los mártires, admiraron ese triunfo de la fuerza material, levantáronse vivas aclamaciones, y salvaron á la familia proscrita.

M. DE F.

Los monges del monte San Bernardo.

Entre el Valés y el valle de Aosto, entre la Suiza y la Italia, se eleva una cima terrible, á 7,550 piés sobre el Mediterráneo. Patria eterna de hielos y nieves, si alguna vez su cumbre se despoja de su blanca corona, no se cubre de verdor ni esmalta de flores; solo deja ver entonces sus peñascos áridos y desnudos. La vejección, tan lozana al pié del monte, hacia la parte de Italia, se aniquila y muere antes de llegar á la cresta; solo crecen allí, al abrigo de algunos peñascos, algunos céspedes y plantas herbáceas. En medio del mismo verano se experimentan horribles huracanes que barren las nieves que cubren la superficie del suelo, y las mezclan con la que cae de las nubes, trastornando y oscureciendo los aires con sus torbellinos. Un lago pequeño, cuya cuenca se abre hacia lo alto de la montaña, en vez de derramar la vida por aquellas soledades, aumenta su tristeza. Sus aguas, casi perpétuamente heladas, no ofrecen mas que la blancura del hielo; y si alguna que otra vez las reanima el deshielo, toman entonces unos tintes negros que les dan un carácter mas lúgubre. Solo un torrente, el Valtorey, que se despeña en el Valés, cavándose espantosos precipicios interrumpe el silencio de aquellas montañas. La vida animal es allí tan extraña como la vegetal, y ni aun la perdices blancas se aventuran á remontar su vuelo hasta esta altura. Dos aldeas asentadas en declive, San Remy en la parte italiana, y San Pedro en la suiza, señalan los puntos donde principia este desierto absolutamente siberiano. Y sin embargo, al través de esta horrible región, donde el hombre carece de todo socorro y le están amagando continuamente graves riesgos, pasa uno de los dos únicos caminos que unen la Italia con la Suiza. El paso es tan peligroso, que los antiguos se ponían bajo la salvaguardia de la Divinidad cuando tenían que emprender por él algun viaje. Habíase edificado en la cumbre del monte un templo consagrado á Júpiter, y los viajeros deponían allí sus ofrendas para propiciarse aquella deidad. Piedras, aras é inscripciones están atestigüando todavía que el peligro de aquellos lugares despertaba la devoción pagana: pero el sentimiento religioso cristiano debía manifestarse de un modo mas noble y generoso. Despues del establecimiento del cristianismo, á mediados del si-

glo X, el saboyano Bernardo de Menthon, amantísimo de la humanidad, célebre ya en la Helvecia por sus hazañas apostólicas, fundó una cofradía de religiosos cuya única patria debía ser aquel monte tan terrible, y su vida dedicada exclusivamente á socorrer á los viajeros y librarlos del frío, las tempestades y aludes. Formóse en breve la generosa asociación; y desde entonces, por espacio de cerca de nueve siglos, se reproduce y trasmite su misión de generación en generación, sin que falte nunca ni un plaza en sus filas. Todo elogio y respeto es inferior á la ardiente caridad de los discípulos de San Bernardo; porque todos los dolores, todas las fatigas del cuerpo y las impresiones morales mas tristes y penosas son el premio del cumplimiento de su instituto. Sus ojos no ven por donde quiera mas que una naturaleza árida y sombría, presentándoseles continuamente los padecimientos de la humanidad; ni el celestial arrobamiento de un cielo halagüeño y templado, ni los recreos de una campiña risueña, ni el deleite de las artes y la industria, halagan jamás sus sentidos. Ni gozan un momento de calma y sosiego. Mientras que los unos se ocupan voluntariamente en las faenas domésticas, se abalanzan los demás, cual víctimas perdidas, al través de las tormentas y huracanes, considerando las nieves, escuchando el rumor mas leve, y precipitándose por todos los escollos al primer indicio, á la mas mínima señal. Si su energía y desinterés se exaltan en semejante lucha contra los elementos, su fuerza física se postra en breve, su salud se menoscaba, y una vejez anticipada les obliga á abandonar su benéfico instituto. Rara vez se ven las canas en la frente de los monges del monte San Bernardo; solo la juventud puede resistir á la permanencia en el Hospicio; pero al salir de él los monges inválidos, no van en busca del descanso: hacen un servicio menos activo en los puestos situados mas abajo en la falda de la montaña, y luego van á mendigar por todas las aldeas de Italia y Suiza; porque el Hospicio, despues de haber sido rico, no posee en el día mas que algunas cortas rentas, y los monges tienen que acudir á la caridad pública para ejercer su santa hospitalidad.

Los monges del monte San Bernardo tienen por compañeros de sus heroicos trabajos unos poderosos auxiliares que parten con ellos sus fatigas con una inteligencia portentosa, participando asimismo de su honrosa celebridad. Los perros del monte San Bernardo, cuya casta solo se encuentra en las cordilleras alpinas del Valés, en la región de las nieves, son de una talla extraordinaria. Sus miembros robustos y bien formados se cubren de pelo áspero y largo; sus anchas patas parecen dispuestas de intento para hundirse difícilmente en la nieve. Su fisonomía es noble y salvaje, y su andar imponente; todo su cuerpo en fin está rebosando fuerza y dignidad, y cuando se les halla en las heladas soledades de la montaña, parecen estar en cabal armonía con el aspecto grandioso de aquellos parajes. Pero la belleza moral é intelectual de estos soberbios animales es superior todavía á su hermosura física. Increíble se hace la peregrina sagacidad con que comprenden su encargo, el celo con que auxilian las empresas de los monges, y la profunda simpatía con que parten sus generosos sentimientos; solo un epíteto, el que mas debe enanecer al hombre, puede pintar á los perros del monte San Bernardo: son caritativos. Al rayar el día, provistos de un cesto donde ponen pan con vino y que les cuelgan al cuello, salen del Hospicio y van á escudriñar las avenidas y alrededores de la montaña, para ver si algun infeliz viajero se ha extraviado durante la noche. Todos sus sentidos están atentos, y pasean sus miradas por la blanquísima haz del monte. Si advierten alguna variación de color, ó cualquier movimiento en la nieve, corren al punto á reconocerlo; si se deja oír el mas leve murmullo, al momento responden con su voz para anunciar un próximo socorro, lanzándose en la dirección del clamor, olfateando todas las emanaciones que puede traer el viento, y precipitándose, á cualquier aviso de su olfato, con todo el ardor de un perro de caza. Estos medios de investigación les allanan cualquiera descubierta, y cuando hallan una víctima, se afanan en socorrerla con una actividad y un ahínco apasionados; empiezan abriéndose un camino por la nieve para llegar hasta ella, le lamen la cara y manos entumecidas, y las calientan con el contacto de sus miembros; bájense para poner á su alcance las provisiones que llevan colgadas del cuello, procuran ayudarle á levantarse, y le empujan hacia el Hospicio. Si sus tentativas son infructuosas, prorumpen en lúgubres aullidos para llamar á sus compañeros ó á los monges, y si nadie acude, parten velozmente á la cumbre de la montaña, volviendo á poco rato con algun monge. En los días de huracán ó de aludes, redoblan su vigilancia y actividad, como se aperceben los pilotos en los días de tormenta; toda la comunidad sale entonces del convento, los perros van á vanguardia, como mas capaces, con su prodigiosa sagacidad, de reconocer las sendas en medio de la nieve y la neblina. Los monges someten su juicio al instinto animal, y siguen á ciegas á estos guías; pues saben que los conducirán por donde haya menos peligro y algunas víctimas que salvar. Perros y monges ponen manos á la obra, combinando sus esfuerzos y dirigiéndolos á un mismo fin; un sentimiento comun, el deseo de salvar á un hombre que está pereciendo, forma este extraño concierto, este concurso maravilloso. Para completar la identidad entre estas dos clases de hospitalarios del monte San Bernardo, los perros corren los mismos riesgos que los monges, y su desinterés es tambien un sacrificio. A pesar de su vigor, inteligencia y valor, su-

cumben muchas veces en su empeño, arrastrados á los precipicios por los torbellinos, ó sepultados bajo los montones de nieve; raro es el invierno en que no perezcan algunos de estos animales. La campaña de 1819 fué fatalísima para estos intrépidos pilotos de la montaña; casi todos cayeron en el campo del honor, ó murieron de resultas por el exceso de las fatigas que habían sobrellevado.

La fama, que generalmente enmudece cuando se trata de virtudes, no ha dejado de tributar homenaje á los perros del monte San Bernardo. Sus elogios, pregonados por miles de viajeros que cada año experimentan los resultados de su heroísmo, son, ya hace tiempo, muy conocidos en toda Europa y ocupan un lugar honorífico en todas las descripciones de los Alpes.

M. DE F.

El cable trasatlántico francés.

(Continuacion. — Véase el N.º 861.)

Á BORDO DEL «GREAT-EASTERN.»

Las máquinas de vapor del *Great-Eastern* han sido construídas por M. Scott Russel, y se comenzaron el mismo día que el buque entró en el astillero. Se montaron en tierra y se desmontaron para colocarlas á bordo del *Great-Eastern*, operación que duró cuatro meses, tal era el peso de las enormes piezas que componen esta maquinaria. Algunas cifras darán idea de la inmensidad de estas masas de hierro, de las cuales varías, como los árboles de las máquinas centrales, no pudieron elevarse á bordo sin el concurso de máquinas especiales. Los dos árboles de las ruedas se componen cada uno de un solo pedazo de hierro forjado que pesaba 11 toneladas, y que con el trabajo se ha reducido á 5 toneladas y media. Cada uno de los cuatro cilindros pesa 36 toneladas, comprendiendo todas las piezas que de él dependen. Se ha calculado que cada uno de ellos es cuatro veces mayor que la campana grande de San Pablo.

El árbol horizontal de las máquinas que vamos á describir, pesa 22 toneladas.

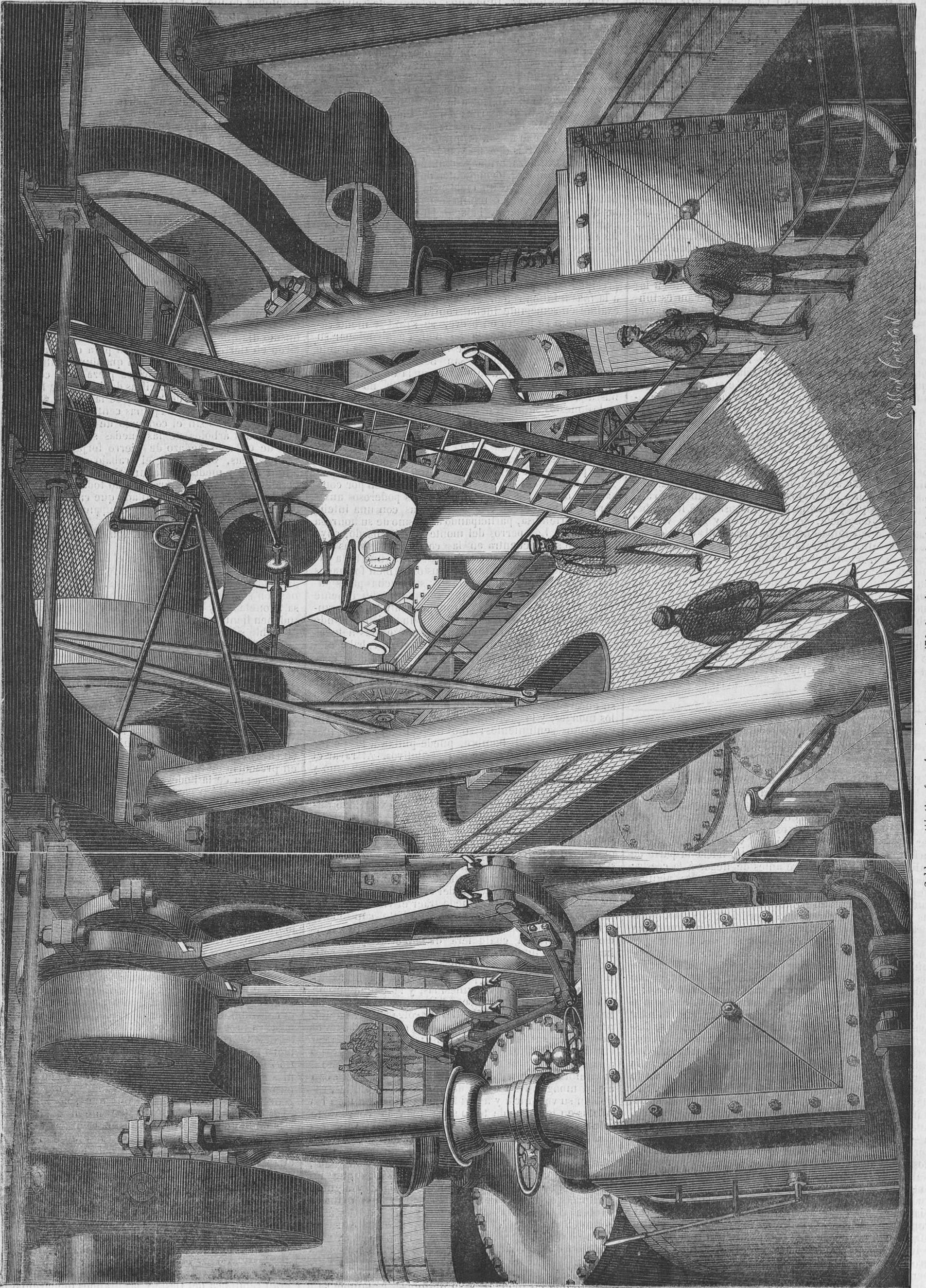
Suponemos al espectador en el banco del oficial mecánico viendo funcionar las cuatro máquinas destinadas á poner en movimiento las ruedas. Estas cuatro máquinas son solidarias mediante un aparato de roce que pesa 9 toneladas, y que tambien permite hacerlas marchar independientemente unas de otras, precaucion indispensable sin la cual no podrían gobernarse si durante la marcha tenían alguna avería.

Cada cilindro ofrece 180 centímetros de diámetro, y el número de los golpes de émbolo es ordinariamente de 14 por minuto. Entonces las máquinas tienen 1,000 caballos de fuerza nominal, y la presión del vapor es de 2 atmósferas. Activando el vapor, se puede pasar de 5,000 caballos.

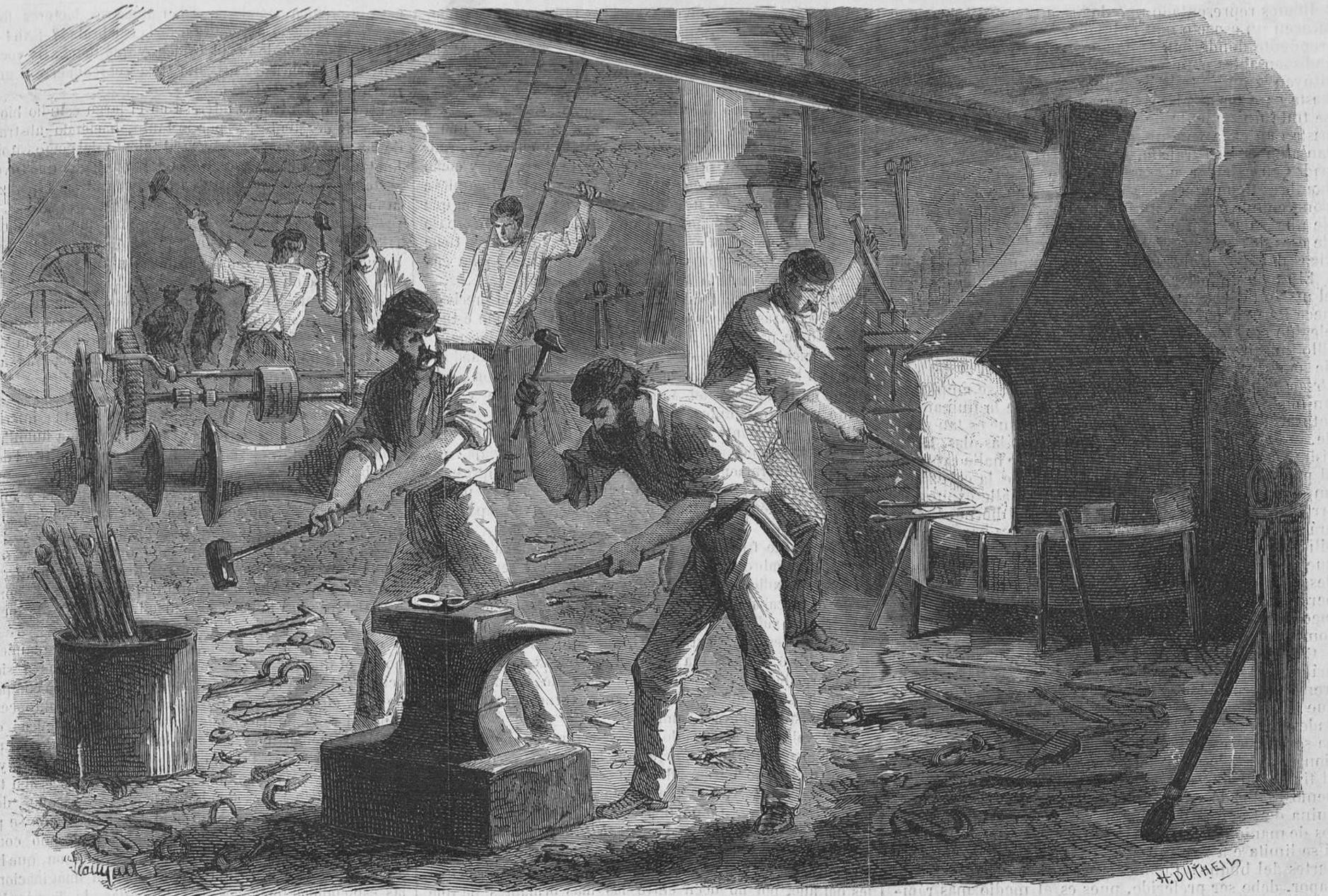
Al lado de la máquina para la propulsión de las ruedas, se encuentran dos máquinas accesorias, una de 60 caballos y otra de 40, que parecen juguetes de niños en presencia de esos monstruos. La primera es para sacar el agua de la bodega y para llenar los receptáculos, así como tambien para vaciarlos y para mantener la línea de flotación mientras desarrollan el cable ó quemán carbon. En los primeros días del viaje de 1865 se contentaron con perder peso sin añadir nada, pues el buque muy cargado se hundía de un modo que habría sido alarmante, si no hubiese habido medios de acción de una energía extraordinaria. El receptáculo del centro es el que se consumirá primero, porque sobre todo por esa parte se necesita aligerar el buque.

La otra máquina de 400 caballos de fuerza, se destina exclusivamente á poner en movimiento la máquina, lo que tiene lugar por medio de engranajes.

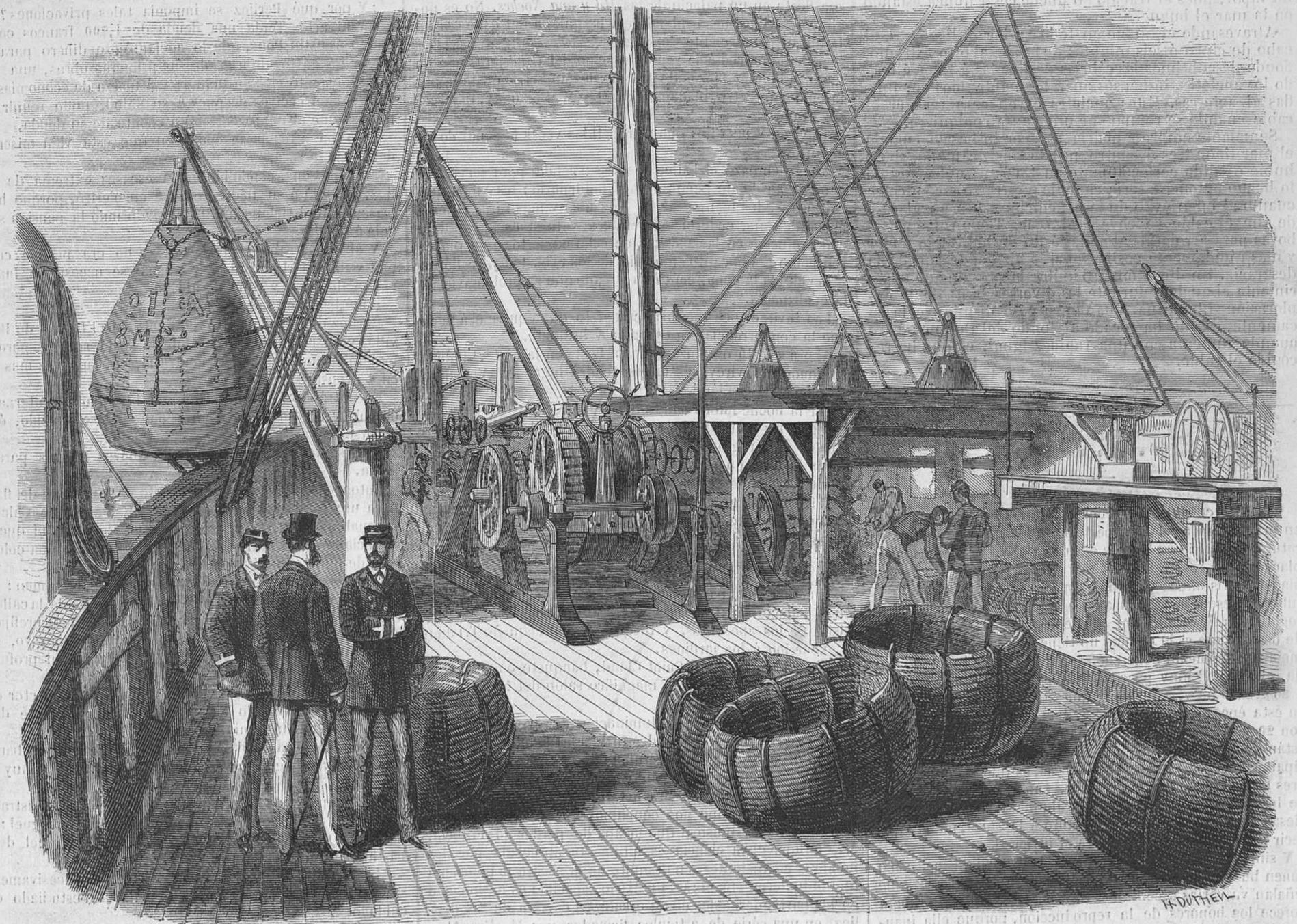
No debe extrañar esta necesidad despues de las cifras que hemos señalado; pues sería exigir demasiado de los mecánicos del *Great-Eastern* el pedirles que asiéndonse á los ejes, pudiesen poner en movimiento masas semejantes. Las cantidades de carbon que se consumen están en proporción á tan inmensas masas. Y en suma, el consumo de carbon por tonelada, útilmente transportada, es mucho menor que á bordo de un vapor cualquiera. La combinación de M. Brunel, el hijo del ingeniero francés que construyó el tunnel, ha salido bien teóricamente, no obstante las quiebras de varias compañías inglesas. Con efecto, estas quiebras no pueden atribuirse al mismo *Great-Eastern*, sino á la falta de inteligencia de las naciones modernas que solo han podido realizar en una escala realmente inmensa, las desgracias de la guerra. Por lo demás, la colocación de cables abre al *Great-Eastern* una nueva carrera que no ha llegado al fin. Mientras el coloso coloca el cuarto cable atlántico, en el establecimiento de Greenwich se fabrica otro cable del mismo largo, que el *Great-Eastern* debe colocar en el mar Rojo, entre Suez y Bombay. Al mismo tiempo el parlamento australiano vota los créditos necesarios para el establecimiento de una línea de Ceilan á Melbourne, de la isla de las perlas á la ciudad de las barras de oro. Finalmente, los americanos se ocupan tambien de la línea del Japon á los Estados Unidos, con escala en las islas Sandwich, ese archipiélago arrojado por la Providencia á la mitad del camino entre la gran república del Oeste y las grandes monarquías despotico-sacerdotales del Oriente.



Cable trasatlántico francés. — Aspecto general de la máquina principal del *Great-Eastern*.



Cable trasatlántico francés. — Fragua instalada á bordo del *Great-Eastern*.



Aparato que conduce el cable á su rueda de inmersión.

Hemos representado uno de los puntos del buque que ofrecen un aspecto mas animado. Nos referimos al entrepente donde han instalado las fraguas necesarias, indispensables para las obras de reparacion, y que constituyen grandes talleres flotantes. Hay todo lo preciso hasta para forjar piezas de grandes dimensiones. Ahora se trata únicamente de piezas accesorias. Dos hombres bastan en cada yunque, y además de estos dos herreros tan atentos á su trabajo, se ven otros dos operarios ocupados en calentar piezas de hierro. Cada uno de estos hombres tiene una pieza con una mano, y con la otra pone en movimiento un fuelle que se mueve á impulso de una palanca. En el dibujo aparece el tubo de uno de esos dos hornos. En lo alto de la lámina se ven las vigas del suelo del buque y una chimenea para el aire.

El modo de forjar no ofrece nada particular cuando el mar está sereno; pero cuando hay mucho oleaje, se necesita una habilidad especial, y por esta razon han elegido operarios bastante diestros para manejar el martillo durante una tormenta. Noble valor, que bien puede ponerse en parangon con el del zuavo ó el del *cold stream*, impassible ante la metralla, y que se emplea de un modo mas útil aun para la causa de la humanidad futura. Añadiremos que la masa del buque es tan grande, que es muy raro obedezca mucho á las olas. Es rarísimo que un hombre experimentado se halle expuesto al peligro de lanzar un martillazo sobre la cabeza de un compañero, y mas raro aun que se halle expuesto á arrojarse sobre el yunque ó á caer en el horno. Con la práctica del trabajo á bordo llegan á adquirir una habilidad y una serenidad extraordinarias. Los marinos se quejan de que su profesion ha perdido toda su poesia desde la introduccion del vapor; pero lo que ellos han perdido, lo ha ganado la mecánica, y la ciencia, que la mecánica representa, posee un encanto que bien puede compararse con el de la tormenta.

Continuando nuestro paseo, encontramos á popa la máquina para desarrollar el cable que se halla al extremo del corredor, antes de la garrucha, última grúa que toca el cable antes de desaparecer en las profundidades del mar. Desde la última expedicion, esta máquina se ha acercado al borde para proceder á la inmersión por el lado de babor, y con esta nueva disposicion el timon puede estar sobre el puente del buque. Como hemos indicado ya, este órgano se mueve por una máquina de vapor, así como el cabestante y otros aparatos de maniobra. ¿Qué servicio no haria el *Great-Eastern* si se limitase á naturalizar el uso del vapor en todas las partes del buque! Cuantas veces puede emplearse el vapor, debe ser preferido, pues es el medio mas rápido, mas seguro y menos costoso; pero es preciso que los antiguos órganos se hallen siempre dispuestos á ejercer su oficio en el caso de imposibilitarse la máquina de vapor, pues el trabajo no puede cesar nunca estando en la mar el buque.

Atravesando el buque en todo su largo, llegamos, al cabo de cinco ó seis minutos de paseo, al otro extremo, donde descubrimos las cábricas destinadas á traer á bordo los anclotes, inmensos aparatos mantenidos por mullas gigantes. Estos anclotes sirven para recoger el cable cuando se rompe por una causa cualquiera.

Semejante empresa podria parecer insensata cuando el mar tiene tres ó cuatro mil brazas de fondo, si no hubiese salido perfectamente en 1866; pero despues de lo hecho entonces, seria ridiculo mostrarse escéptico en cuanto al buen éxito de la expedicion, aun en el caso de que el cable se cayese al mar. Tienen dispuestas boyas para arrojarlas al agua, á fin de indicar lo mejor y mas rápidamente posible el sitio en donde suceda la desgracia. Un dinamómetro indica la presion que experimenta el anclote durante las diversas fases de la exploracion submarina. Cuando su peso disminuye bruscamente, es que ha tocado al fondo del Océano; pero cuando aumenta con una rapidez igual, es que ha recogido el cable.

L. B.

Revista de Paris.

Entre las cosas notables del verano actual, debe contarse en primera linea la intempestiva singularidad de la temperatura. Hace frio en el mes de julio: el vestir de pantalon blanco es un rasgo de osadía, y la campiña de las cercanias de Paris ofrece el mismo aspecto que en el mes de octubre. Dicese que la causa de esta grotesca excepcion á la regla natural, es que «el sol tiene manchas.» Algo se ha de decir; pero si la ciencia no tiene otra explicacion de semejante fenómeno, debe confesar modestamente que se halla á la verdad muy poco adelantada en este punto. De 30 á 36 grados ha variado en lo que va de siglo la temperatura en esta época del año; y ¡hoy habremos de contentarnos con 20 y 25, esto en los dias mas favorecidos! Los bañistas están en la desolacion: todas las noticias que llegan principalmente de los paises montañosos, es que las altas cumbres se hallan cubiertas de nieve. Las estaciones termales de los Pirineos, de la Auvernia y algunas de Alemania, atraviesan una terrible crisis. En cuanto á la Suiza, no hay que decir: allí reina completamente el invierno.

Y sin embargo, esto no arredra á los excursionistas, como tienen buen cuidado de decirnos los periódicos locales, que señalan ya varias ascensiones al Monte Blanco. La primera merece los honores de la reproduccion, porque ella inaugura la famosa temporada de 1869.

La caravana que salió de Chamonix el lunes 28 de junio, se componia de las siguientes personas:

Palmer Gannon, inglés.

Nicolet (José), de Lyon.

El guia era Simon Mederic, y le acompañaban tres mozos.

Habiendo llegado al sitio que se llama los Grands-Mulets á las cuatro de la tarde, prosiguió su camino á la una y media de la madrugada, y llegó á las siete y cuarto al Grand-Plateau. Ahora era preciso atravesar el Corredor, y como esto era imposible por causa de la crecida cantidad de nieve que habia caido estos últimos dias, los viajeros tuvieron que tomar á la derecha bajo el Domo del Gouté, y abrirse paso practicando unos 800 escalones en el hielo, que parece tiene en ese sitio una altura y declive extraordinarios, para entrar en la cresta de la Joroba del Dromedario.

Dos veces consecutivas la caravana se vió en la precision de volver atrás por causa de la fuerza del viento que estuvo á punto de precipitar á todos los viajeros en el abismo.

Finalmente, al cabo de esfuerzos inauditos y llegándoles la nieve hasta la cintura, los excursionistas pudieron poner el pié en la cumbre del Monte Blanco á las once y cuarenta y cuatro minutos.

En aquel instante M. Palmer Gannon tuvo como un desmayo causado por el frio, y sus compañeros de viaje, que le vieron enteramente privado de sentimiento, se apresuraron á bajarle á una pequeña hondonada formada por el hielo, y le dieron fricciones con bolas de nieve empapadas en ron.

A fuerza de friegas consiguieron devolver el calor á los helados miembros del viajero, y así recobró el sentido.

Con el auxilio de sus compañeros, aunque no sin trabajo, llegó á la cabaña de los Grands-Mulets, donde acabo de volver á la vida.

Por fin, despues de otras peripecias que omitimos, la caravana llegó en perfecta salud á Chamonix al anocheecer, donde recibió una ovacion por parte de los numerosos excursionistas ingleses que esperan su turno para emprender la misma peligrosa caminata.

Pero volvamos á Paris donde encontraremos, no obstante la inclemencia de la temperatura, la misma desercion que de costumbre, la misma afluencia de extranjeros. La corte no ha hecho esta vez la temporada de Fontainebleau, y se encuentra en Saint-Cloud, donde todos los juéves hay grandes recepciones oficiales. La estancia del virey de Egipto nos ha procurado esta semana una novedad digna de señalarse; una gran soirée que debe figurar entre las principales del año, por no decir entre las mas brillantes de que hay memoria.

Era en casa del opulento banquero Oppenheim, que habita el hotel de Scribe en la calle Pigalle, trasformado para esa fiesta en un palacio de las *Mil y una Noches*. No es posible describir tales esplendores. La galeria del baile era un jardín resplandeciente de luces.

Al baile precedió la representacion del *Candelero*, una de las mas bonitas piezas de Alfredo de Musset, ejecutada por la eminente actriz madama Favart y M. Delaunay, del Teatro Francés.

El virey y sus hijos dieron repetidas veces la señal de los aplausos.

Luego empezó el baile, que se suspendió para servir una cena digna de un banquero archimillonario: los vinos mas exquisitos, los manjares mas delicados y mas raros en esta época del año, codornices, perdices y faisanes se sucedian con profusion en las mesitas de ocho cubiertos que pusieron como por encanto en medio de los arbustos y las flores.

Concluida la cena, continuó el baile que se prolongó hasta la madrugada.

Las invitaciones fueron escasas, lo que equivale á decir que la concurrencia era escogida y brillante.

Ahora se está organizando otra fiesta en la corte, tambien en honor del virey, fiesta que tendrá lugar en Versailles, Trianon y Saint-Cloud.

Por la noche habrá baile en palacio.

Segun las noticias que circulan, hé aquí los puntos principales del programa:

Por la mañana el virey, acompañado de los oficiales de servicio cerca del emperador, irá á Versailles, donde será recibido por el prefecto, el comandante del palacio y el director del museo.

Despues de visitar las habitaciones y las galerias de pintura, tendrá lugar el paseo en los jardines y en los bosques reservados.

A la una el emperador y la emperatriz recibirán al virey en el palacio del Gran Trianon; y allí habrá *lunch*, música, visita de los aposentos, y luego paseo al Pequeño Trianon y excursion á los jardines.

A las siete regreso á Saint-Cloud; banquete de cincuenta cubiertos, recepcion en el magnífico salon del Norte, y representacion dramática.

Despues de la comedia, iluminacion del parque y de los jardines reservados, y grandes fuegos artificiales.

Esta última parte del programa interesa á los parisienses, que no dejarán, y en crecido número, por poco que el tiempo lo permita, de asistir á tan bello espectáculo.

A su debido tiempo nos ocupamos en este periódico de una notabilidad musical que acaba de perder la Francia, M. Berlioz, cuya ciencia es altamente apreciada por los hombres competentes, en desquite de la escasa popularidad que obtuvieron sus obras. Un diario especial nos ha iniciado en las particularidades de la escabrosa carrera de M. Berlioz, en una série de artículos firmados por M. Em. Mathieu de Monter, los cuales abundan en detalles curiosos

para la crónica. ¿Quieren saber nuestros lectores lo que cuesta en Paris el aprendizaje de la celebridad? ¡Ah! ¡qué de miserias, qué de tribulaciones, y qué fuerza de vocacion tan extraordinaria se necesita para sobreponerse á una situacion semejante!

Este solo punto nos interesa en el largo estudio biográfico de M. de Monter, y por lo tanto, haciendo abstraccion de las apreciaciones relativas al talento del compositor, nos limitaremos á mostrarle en esa terrible lucha que tuvo que sostener al principio de su carrera, contra las asperezas de la fortuna.

Berlioz, como muchos de los hombres que se dedican al cultivo de las letras y las artes, debió vencer ante todo las repugnancias de su familia; sin embargo, acabó por lograr una transaccion y su padre le dijo:

— Consiento en que vayas á estudiar música á Paris, pero solo por un tiempo determinado y con la condicion de que si la prueba no sale bien, me harás la justicia de declarar que he querido darte gusto, y te decidirás á emprender otros estudios.

Y al despedirse añadió:

— Ya sabes lo que yo pienso de los artistas inferiores: ten presente que para mí seria una profunda humillacion, una pena mortal, el verte confundido en la multitud de esos hombres inútiles.

Berlioz se complacia en repetir estas palabras y en pintar esta escena para que constase que su vocacion era irresistible.

Con efecto, el futuro compositor llega á Paris, y se instala en una pobre guardilla cerca del Sena; y á fin de deber lo menos posible á su parentela y amigos, se condena á la pobreza y á la soledad, dificultando así desde luego su entrada en escena.

« Me impuse, cuenta el mismo Berlioz, un régimen cenobítico, que reducía el precio de mis comidas á siete ú ocho sueldos. Por lo regular, estas comidas se componian de pan, ciruelas, pasas ó dátiles; y como era entonces verano, al salir de hacer mis compras gastronómicas en la tienda de comestibles, iba á sentarme al terrado del puente Nuevo, á los piés de la estatua de Enrique IV; y allí, sin acordarme de la gallina que el buen rey deseaba tuvieran en el puchero los domingos todos los aldeanos, despachaba mi frugal comida, mirando á lo lejos cómo se ponía el sol por detrás del Monte Valeriano, admirando con encanto los radiantes reflejos de las ondas del Sena, que huian murmurando detrás de mí y extasiada la imaginacion con las espléndidas imágenes de las poesias de Tomás Moore que leia por primera vez, entusiasmado, en una traduccion francesa. »

¡Qué resignado y qué contento!

¿Y por qué Berlioz se imponía tales privaciones? Por amor al arte. Tenia una deuda de 1,200 francos con su amigo Agustín Pons, que le adelantó ese dinero para sufragar los gastos de una de sus primeras obras, una misa que se ejecutó en San Roque; y á fuerza de economías que fueron bien nocivas despues á su salud, pudo reunir 600 francos que al punto entregó á cuenta de su deuda.

Pero iba á llegar la época en que esta vida miserable debia ser forzosa.

Agustín Pons, condolido de la escasez extrema de Berlioz, escribió á su padre, que se encolerizó, porque habia trascurrido el tiempo prefijado, y suprimió la pension señalada á su hijo.

Y ahora entraba el invierno; ya no era posible comer pan y dátiles al aire libre, y además se necesitaba lumbre para calentarse y ropa de abrigo.

¿Qué hacer en tan cruel apuro?

Berlioz dió un concierto de flauta en el teatro de Belleville, y buscó lecciones de guitarra y de solfeo; pero no mejoraba su situacion, al contrario, era cada vez mas difícil y penosa.

Encontrábase, dice él mismo, en la espantosa alternativa de volver á casa de su padre confesándose vencido, ó de morir de hambre.

Pero su vocacion, añade, le dió nuevas fuerzas para la lucha.

Entonces se le ocurrió el proyecto de ajustarse de flauta para una orquesta de Nueva York, de Méjico, de Calcuta, de cualquier rincón del mundo, cuando hé aquí que vió anunciado en los periódicos, un concurso para una colocacion de corista en el teatro de Novedades.

Hé aquí cómo cuenta Berlioz la escena del examen:

« La cita era en la sala de los Fracmasones de la calle de Grenelle Sanit-Honoré. Allí me enteré de la hora prefijada, en compañía de cinco ó seis pobres diablos como yo, que esperaban á sus jueces sumidos en una ansiedad profunda y mal disimulada.

Habia entre ellos, un tejedor, un herrero, un actor despedido de un teatrillo del bulevar y un sochantre de la iglesia de San Eustaquio.

El concurso era de bajos, y mi voz apenas era de barítono; pero yo juzgué que el examinador no seria muy escrupuloso.

Por fin apareció el terrible juez que era el administrador del teatro, acompañado de un músico llamado Miguel: no habia allí ni piano ni pianista, y el violin de Miguel debia bastar para acompañarnos.

Abrióse el certámen. Mis rivales cantaron sucesivamente y á su modo diferentes piezas que habian estudiado con cuidado.

Por fin me llegó el turno, y el enorme administrador me preguntó qué era lo que traía.

— Yo no traigo nada.
 — ¡Nada! ¿Y qué va Vd. á cantar?
 — Lo que Vd. quiera. ¿No hay aquí alguna partitura, algun método, algun cuaderno de vocalizaciones?
 — No tenemos nada de todo eso. Además, continuó el administrador con un tono despreciativo, ¿supongo que no canta Vd. á primera vista?
 — ¿Y por qué no? Cantaré á primera vista todo lo que usted quiera.
 — Eso es diferente, pero ya que aquí no tenemos música ¿no sabría Vd. de memoria alguna pieza conocida?
 Entonces citó media docena de títulos de las óperas mas en boga, y habria continuado aun, si no me hubiese interrumpido diciendo:
 — ¡Basta, basta, qué memoria! Puesto que es Vd. tan sabio, diga Vd. el aria de *Edipo*, de Sacchini: «Ella me ha prodigado...»
 — Corriente.
 — ¿Puedes acompañar, Miguel?
 — Ya lo creo... Pero es el caso que no recuerdo ya en qué tono está escrita.
 — En *mi* bemol... ¿Canto el recitado?
 — Sí, veamos el recitado.

«Antígona me queda, Antígona es mi hija,
 » Todo en mi corazón, y mi única familia...»

Los demás candidatos se miraban atónitos mientras escuchaban la noble melodía, comprendiendo que valian muy poco en comparacion conmigo, y eso que estaba yo muy distante de ser un Pischek ó un Lablache. Y con efecto, observé una señal en el corpulento administrador que me confirmó en la idea. El día siguiente recibí mi nombramiento oficial: habia triunfado del tejedor, del herrero, del actor y hasta del sochantre de San Eustaquio. Entraba en servicio inmediatamente y tenia cincuenta francos al mes.»

Ya está la existencia asegurada: cincuenta francos al mes eran para Berlioz una fortuna. Entonces se encontró con uno de su pueblo que estudiaba farmacia y que se hablaba en el caso de luchar con heroísmo contra la miseria.

Instaláronse juntos en la misma habitacion, y por turno desempeñaban los quehaceres de la casa y hacian la comida.

Los dos socios llevaban un registro de sus gastos, que ha conservado Berlioz, y por él vemos que con 60 francos mensuales vivian. Así pasaron el invierno de 1826 y la primavera de 1827, felices y contentos, Berlioz entregándose con pasión á sus estudios, emprendiendo á fondo su educacion musical y literaria.

No le seguiremos en este terreno: ya dijimos nuestra humilde opinion hace algunos meses, en la época de su fallecimiento, y hoy lo único que hemos querido es señalar este duro aprendizaje del hombre que verdaderamente quiso seguir su vocacion contra viento y marea.

Concluiremos ahora con algunas noticias sobre los teatros parisienses.

Los extranjeros que abundan en Paris frecuentan las funciones de la Grande Opera, de la Opera Cómica y del Teatro Francés. No es de extrañar; los demás teatros ofrecen al público pocos atractivos, sobre todo los de drama.

En el Teatro Francés se han distribuido los papeles de una pieza de M. H. Rivière, titulada *la Advenediza*: los principales intérpretes de esta nueva pieza, á la que se atribuye cierta importancia literaria, son las señoras Jouassin, María Royer y Devoyod, y los señores Got, Febvre y Prudhon.

En los teatros secundarios se estudian tambien nuevas piezas, y pasado el mes de agosto se podrá renovar el espectáculo. Por último, en el Ambigu se pondrá en escena el drama titulado *Nuestra Señora de Paris*, tomado de la novela de Victor Hugo, por M. P. Fouché. Hace mas de quince años se representó en uno de los teatros de drama del boulevard, y el recuerdo del gran éxito que obtuvo entonces ha motivado esta exhumacion, que no sabemos hasta qué punto llenará las esperanzas del empresario.

MARIANO URRABIETA.

Poesías.

LA ORACION DE LA TARDE.

(Balada.)

¡Venid, mis hijos amados,
 Que ya el sol nos dijo adios
 Tras los montes azulados!

¡Y aquí postrados
 En la colina,
 La vespertina
 Cancion alcemos á Dios!

¡Alabado Él sea en la altura
 Por toda la humanidad!

¡Que nos da con gran ternura
 Pan y ventura!
 ¡Que los pesares
 De nuestros lares
 Siempre alejó en su bondad!

¡A Él la dicha debemos
 Que nos dé calor el sol!
 ¡Que á la luna contemplemos,
 Y que admiremos
 Los bellos montes,
 Los horizontes
 Que ilumina el arrebol!

¡Él el agua nos envía
 A nuestra humilde heredad!
 ¡Nos da trabajo en el día
 Y la alegría
 Con que vivimos
 Y nos dormimos
 En tan bella soledad!

¡Por Él hay flores rientes,
 Y en las montañas rumor,
 Y aromas en los ambientes,
 Y azules fuentes
 Cuya dulzura
 Le da á natura
 Belleza, frutos y amor!

¡Y por Él trinan canoras
 Las aves de tierra y mar,
 Y auras hay murmuradoras
 Que á todas horas
 Van revolando
 Y acariciando
 Los árboles al pasar!

¿No veis desde aquí ondeantes
 Nuestros sembrados lucir?
 ¡Ellos nos dicen amantes,
 Que los instantes
 No están lejanos
 En que sus granos
 A coger podremos ir!

¿Y quién, sino Dios, amigos
 Nos da ese pan celestial?
 ¡Por Él no somos mendigos,
 Y ni enemigos,
 Aquí tenemos,
 Pues nunca hacemos
 En la vida ningun mal!

¡Oh, bendecid á ese Padre
 Que os da, entre todos, un bien!
 ¡Que tengais aún tu madre,
 Y un viejo padre
 En cuyo seno
 De afecto lleno
 Podeis reposar la sien!

¡Oh no! ¡nada ambicionemos
 De este mundo engañoso!
 ¡Que la ventura tenemos,
 Y moriremos
 Aunque apartados,
 No fatigados
 Por el placer ni el dolor!...

EL VALLE DE TIPACOQUE.

Apena el sol asomaba
 En la cumbre diamantina,
 Y sesgos rayos lanzaba
 Al valle y á la colina.

Y entre las brumas formaban
 Aquellas luces cayendo,

Mil cintas que revolaban
 É iban al cielo subiendo.

De los recuestos caian
 A centenares las fuentes,
 Unas, remansos hacian
 Otras, sonoras corrientes.

Pájaros dulces trinaban
 Entre el ramaje encondidos,
 Y esencias se derramaban
 De los árboles floridos.

Los saúces se mecian
 Al contacto de los vientos,
 Y por doquiera se oian
 Vagos murmurios y acentos.

Se alzaban las humaredas
 De mil chozas diferentes
 Que envolvian las arboledas
 Como en gasas transparentes.

Y poético y tranquilo
 En la verde praderia,
 Entre el follaje, el asilo
 Donde nació se veía.

De ovejas una manada
 Iban trepando el collado,
 Y al monte ó á la cañada
 Varios grupos de ganado.

Y ordeñar se percibia
 Vacas de bellos colores,
 Y la voz se distinguía
 De los alegres pastores.

En el recuesto, á lo lejos,
 Los campesinos segaban,
 Y de su canto los dejos
 Melancólicos ilegaban.

O ya en las eras danzando
 Al són de tiernos cantares,
 Iban el trigo avientando,
 — Tesoro de sus hogares.

Latian los perros doquiera,
 Tristes los gallos cantaban,
 Mugia el toro en la pradera,
 Y las ovejas balaban.

¡Y hasta el lúgubre ruido
 De los trapiches se oía,
 Como el doliente gemido
 Del que muere en agonía!

¡Tal así por vez postrera
 Ví el valle donde mi cuna,
 Dulcemente se meciera
 Al soplo de la fortuna!

¡Estaba solo, y miraba
 Desde la loma afligido
 Aquel suelo que dejaba,
 Do feliz habia vivido!

¡Cuánta indecible ternura
 Mi corazón afligia!
 ¡Era que mi desventura
 Ya comenzaba ese día!

¡Al cabo, puesto de hinojos,
 Le dije adios desde el monte!
 ¡Y lo ocultó ante mis ojos
 La bruma del horizonte!

J. TEMISTOCLES TEJADA.

1867.

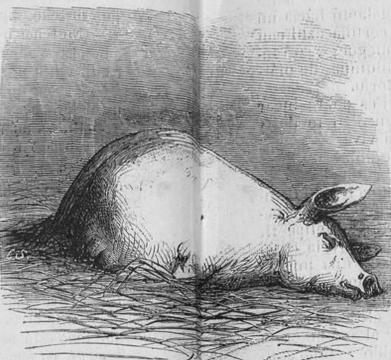
Exposicion

Y CONCURSO REGIONAL DE
BEAUVAIS.

Las ciudades de Francia, á imitacion de la capital, organizan exposiciones que llaman universales, lo que quizás es un tanto exagerado; pero no por eso los tales concursos dejan de tener grande importancia por el objeto que se proponen y los resultados que obtienen.

Beauvais, que es la cabeza del departamento del Oise, hizo un llamamiento á los industriales y á los agricultores, al que respondieron muchos.

Toda la parte del Norte, del nordeste y del sudoeste de la



Tipo de ganado porcuno.

Francia se hallaba allí dignamente representada, y en la exposicion retrospectiva se observaban maravillas enviadas por el duque de Mouchy, baron Sellière y algunos otros aficionados de la ciudad y de sus cercanías.

Las antiguas murallas de Beauvais se har convertido en un hermoso paseo; allí la municipalidad habia instalado su exhibicion, á la que se llegaba despues de haber atravesado el square y el parterre, adornados con flores y fuentes que habia delante de la estacion del camino de hierro.

Contábanse en el concurso regional, agrícola ó industrial 410 cabezas de ganado vacuno; 237 de ganado lanar; 74 de la raza porcuna, y 1,200 instrumentos y aparatos aratorios. El gobierno habia seña-



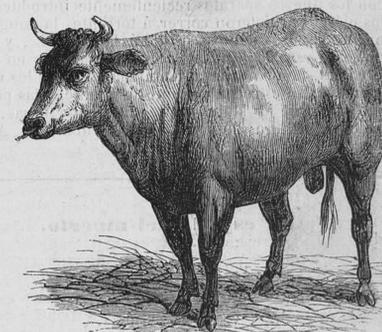
Concurso regional de Beauvais. — Instrumentos aratorios.

El emperador y la emperatriz debian visitar la exposicion, y así es que abundaban en Beauvais los visitantes de todo el contorno. Ciento cincuenta mil personas llenaban las calles y las plazas, y sus oleadas llegaban hasta el campo. Diez ó doce mil bomberos con sus resplandecientes cascos se paseaban como podian en medio de aquella inmensa muchedumbre.

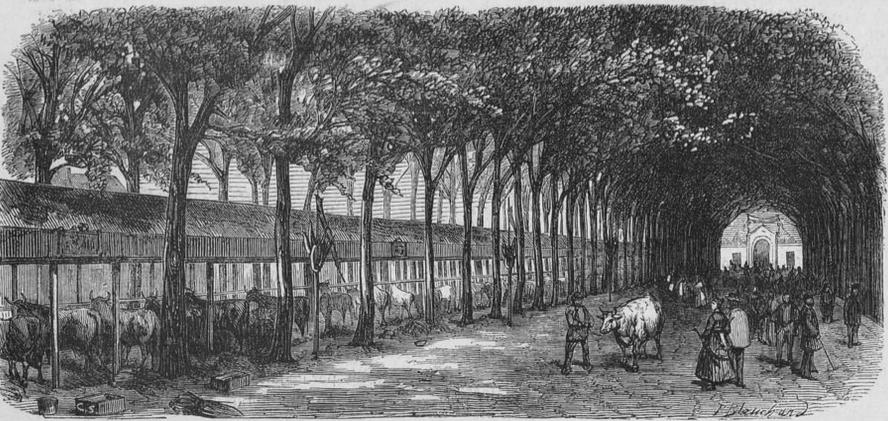
Los soberanos, que salieron de Paris el domingo 27 de junio, se detuvieron con su comitiva en Mouchy-le-Castel, donde fueron recibidos por el duque y la duquesa de Mouchy. Mosenhor Tirmache celebró la misa en la capilla del castillo. El tren imperial llegó á Beauvais á las dos y cuarto. M. Chevreau, prefecto del Oise, y M. Petit-homme, alcalde de la ciudad, estaban en sus puestos; pero parece ser que habian omitido convidar al consejo general, lo que fué una falta muy marcada.

En la catedral el emperador y la emperatriz fueron recibidos por el obispo, y despues del discurso de rigor entraron en el templo y se colocaron bajo un dosel magnifico. Concluidas las ceremonias religiosas, los soberanos visitaron la exposicion y la manufactura imperial de tapices. Un grupo de doncellas, vestidas de blanco, presentaron un ramillete á la emperatriz. Mosenhor Gignoux, obispo de Beauvais, recibió de manos del emperador la cruz de oficial de la Legion de Honor, y despues hubo una distribucion de cruces de caballero.

A las cinco el tren imperial salia de la estacion, en medio de los gritos de



Tipo de ganado vacuno.



Concurso regional de Beauvais. — Ganado vacuno.

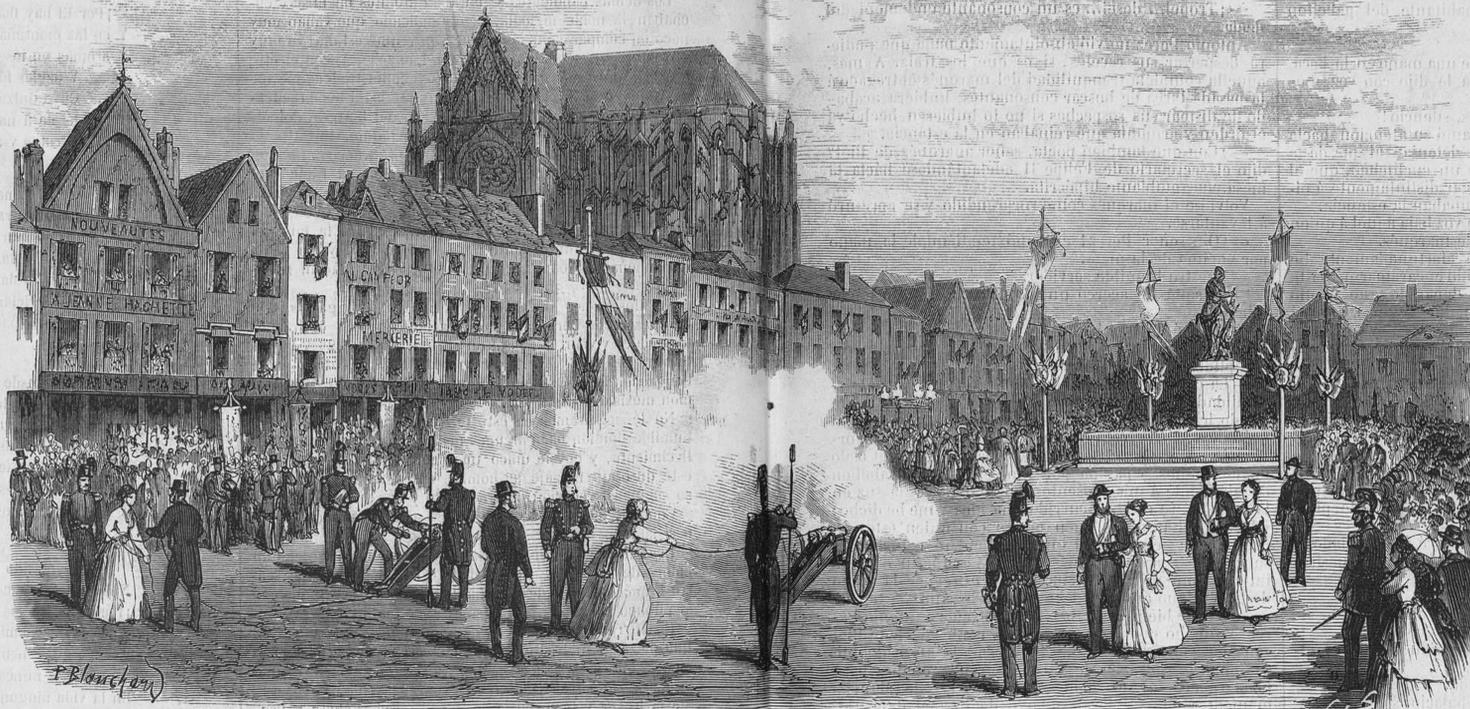
lado una suma de 30,685 francos para que se repartiese entre los vencedores.

Beauvais es una antigua y pequeña ciudad de 14,000 almas. Sus obispos fueron en otros tiempos los primeros pares eclesiásticos del reino. Sus casas, la mayor parte de ellas de madera, tienen un aspecto pintoresco; pero ya comienzan á desaparecer. De trecho en trecho se ve una casa moderna con su invariable fachada. Se recuerda el sitio que sostuvieron los habitantes sitiados por Carlos el Temerario. Una heroína, Juana Lainé, llamada despues Juana Hachette, desplegó en aquel sitio una extraordinaria energía y sostuvo el valor de sus compatriotas. En 1851 la erigieron una estatua.

Esterecuerdo es siempre para la ciudad de Beauvais un glorioso aniversario, y la fiesta de Juana Hachette ha sido uno de los mas interesantes episodios de las ceremonias á que acabamos de asistir.

Representamos el incidente de la procesion destinada á perpetuar la memoria de la heroína de Beauvais. En el momento en que la procesion llega al frente de la estatua de Juana Hachette, el obispo y su clero se colocan á un lado, el alcalde y los funcionarios al otro, y

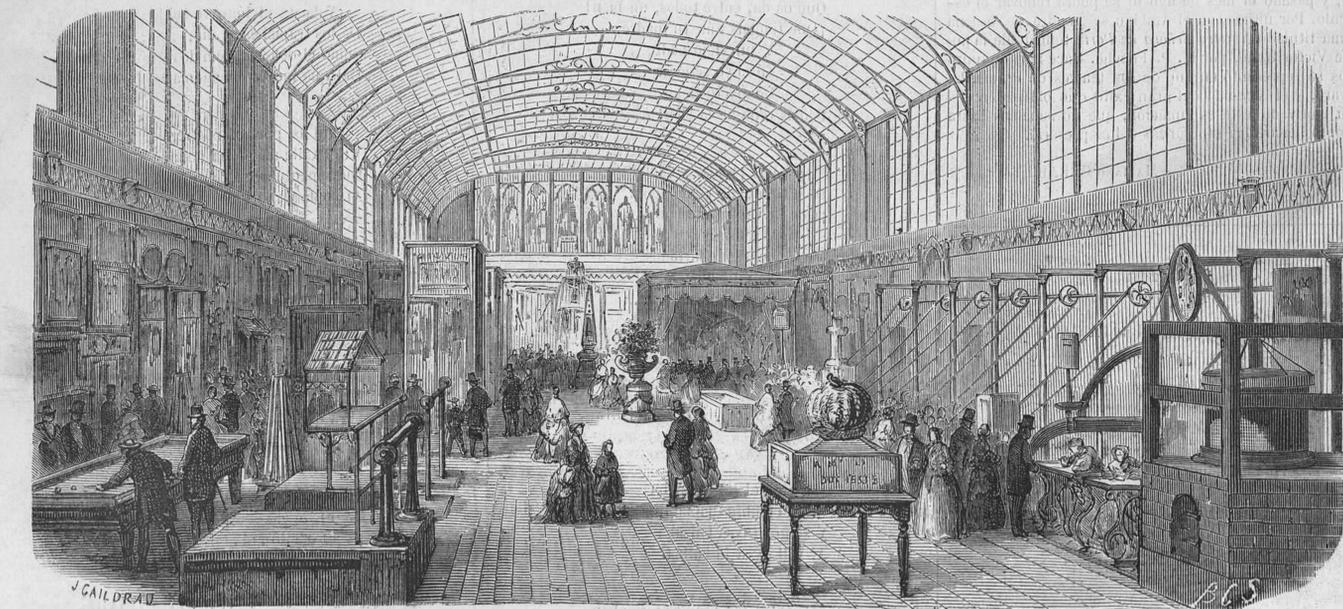
á una señal dada los consejeros municipales van á buscar las jóvenes que deben representar el papel de Juana delante del enemigo. Acompañadas por caballeros, estas jóvenes van á los cañones y los disparan. Siempre producen su efecto estas belicosas imágenes en un país que llamaba Chateaubriand un nido de soldados.



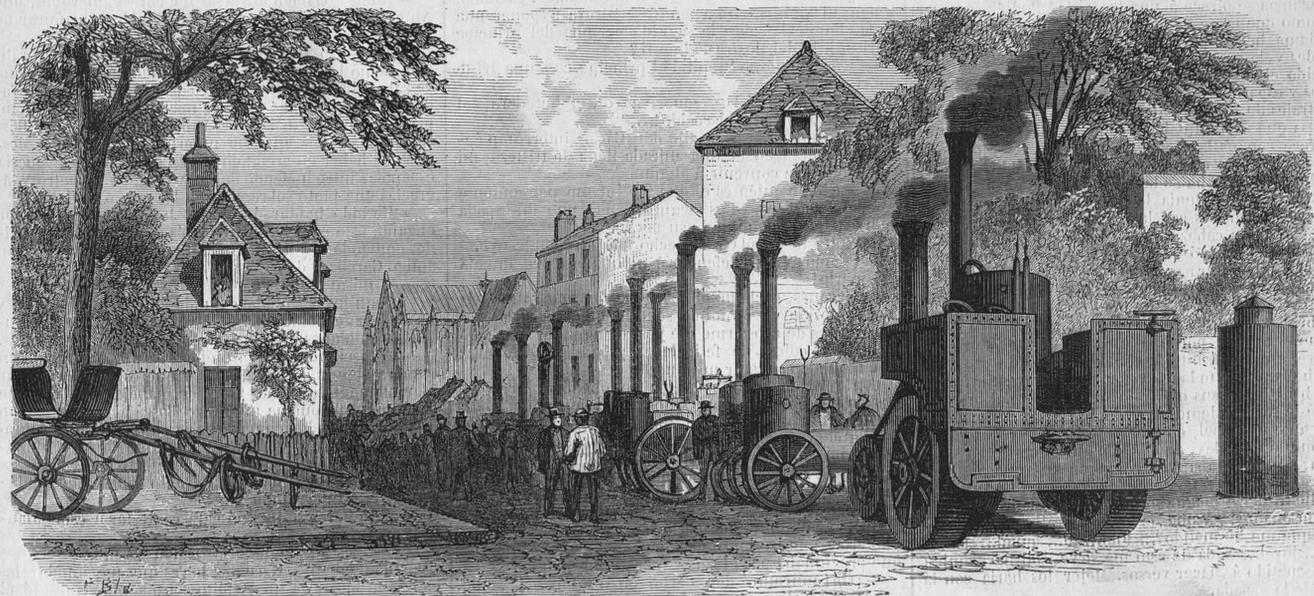
Fiesta de Juana Hachette. — Procesion del asalto: Las jóvenes de Beauvais dando fuego á las piezas de artilleria.



Tipo de ganado caballar



Exposicion universal. — Aspecto de la galeria industrial.



Concurso regional. — Exposicion de las máquinas.

entusiasmo, con direccion á Saint-Cloud. Pero aun no estaban terminadas las fiestas.

El lunes tenia lugar la ceremonia del levantamiento del sitio de Beauvais. La multitud llenaba la plaza de las Casas consistoriales, y por encima de tanta cabeza se destacaba sobre su pedestal la estatua de bronce de Juana Hachette. La procesion salió de la catedral á las tres, y el clero y las autoridades civiles y militares seguian al obispo. La guardia nacional, los bomberos y las tropas formaban la carrera en todo el trayecto del cortejo. Como la vispera, las casas estaban adornadas y las antiguas murallas desaparecian bajo las guirnaldas de flores y verdura.

Volviendo á la exposicion, diremos que la gran medalla de oro dada por la emperatriz fué concedida á M. Naquet, agricultor de Beauvais. Los principales premios que se llevó el ganado vacuno, se repartieron entre diez y siete competidores; el ganado lanar obtuvo cuatro primeros premios; la raza porcuna estaba admirablemente representada, y los expositores de esta clase no tienen nada que envidiar á sus compañeros de Inglaterra.

Tambien llamó mucho la atencion la exposicion del Instituto agricola de Beauvais, dirigida por hermanos de la doctrina cristiana.

El concurso hípico ofrecia soberbios modelos, y hubo cuatro laureados.

Las aves de corral no estaban bien representadas, y en cuanto á las máquinas, arados é instrumentos, no se notaba nada extraordinario. La division de la propiedad hará siempre muy difícil en Francia la aplicacion de los arados, segadoras, etc., que emplean en sus inmensas haciendas los lores ingleses.

Despues de algunos dias de fiebre, Beauvais ha vuelto á entrar en su calma ordinaria. Los visitantes se marcharon y los bomberos han guardado ya su uniforme.

Con cuatro siglos de intervalo, dos luchas enérgicas han tenido efecto en las murallas de la antigua ciudad. En la primera las antiguas armas de guerra, unidas con los nuevos aparatos recientemente introducidos en los ejércitos, hicieron correr á torrentes la sangre humana. Nosotros hemos asistido á la segunda, y de ella no se ha esparcido una sola gota de sangre; en vez de la cólera, la alegría estaba pintada en todos los rostros; las manos se estrechaban amistosamente y las palabras que salian de los labios eran dulces, afectuosas, conciliadoras, palabras de paz y de concordia. A. L.

La espada del muerto.

I.

VISITAS Á DESHORA.

Es de noche, la escena pasa en una de esas espléndidas posesiones que tienen los reyes de España inmediatas á la corte, y la época es la de aquel monarca llamado Felipe II *el Prudente*.

Con la facultad que á todo escritor se concede de poder levantar como el diablo cojuelo, los techos de las casas para que sus lectores logren formarse una idea exacta y completa del lugar de la escena y de los personajes que deben entrar en la accion, empezaremos por quitar de un soplo el tejado de un solitario pabellon situado en los frondosos y pintorescos jardines de palacio, no lejos del cuerpo principal del mismo.

Una sala adornada con exquisito gusto y con verdadera elegancia se ofrece á nuestra vista. Pudiérase creer de pronto que era esta coqueta estancia el gabinete de una dama hermosa, tan delicado era el gusto de sus muebles y de sus adornos, pero pronto hubiérase desvanecido el error de quien tal hubiese creído al ver tirados y esparcidos con descuido por los asientos varios ricos trajes de hombre, al ver tambien encima la dorada mesa que se levantaba en medio del aposento un sombrero con gallardas plumas al lado de una linda espada de corte, y al ver sobre todo junto á dicha mesa, á un hombre que, holgadamente sentado en un sillón, y en traje de casa, tenia la cabeza hundida entre las palmas de las manos con las cuales se rascaba de cuando en cuando la cabeza demostrando todas las señales de la impaciencia, ó se daba golpecitos en la frente como si se inquietara por una idea tarda en concebir ó por una combinacion que se negaba á corresponder á sus deseos.

La brisa perfumada de una deliciosa noche de verano, que penetraba por una ventana abierta á medias, iba á refrescar la frente de aquel hombre que aun mostraba hallarse en todo el vigor de la juventud, cuyo fuego brillaba en sus ojos y en su rostro. En el instante en que le sorprendemos sentado á la mesa de su gabinete y ante un papel, en el que se veian escritos varios renglones desiguales, aquejábale una extraña preocupacion, y murmuraba palabras inconexas, que no todos hubieran acertado á comprender.

— ¡Hiel... decia meditabundo, dosel... laurel... ¡Maldito consonante! ¿A que no acierto á salir del atolladero en que me he metido?... Fiel... él... aquel... piel... papel... joyel... Nada de esto me sirve. Mal haya quien me ha metido á hacer versos. Mejor los haria con la punta de la espada.

Y rechazó por medio de un airado ademan el papel

en que tenia fijos los ojos. Sin embargo, á los pocos momentos volvió á recogerle, y sumergiósese. mas obstinadamente aun, en su cabilosa meditacion. Tan absorto estaba, que no oyó un rumor cercano que partia de los jardines, como de presurosas pisadas, rumor que sin embargo permitia distinguir claramente el silencio sepulcral de la noche. Dejaron de sonar los pasos al pié de la ventana del pabellon, removiósese en seguida con violentas sacudidas un árbol que junto á dicha ventana desplegaba sus frondosas ramas, y á estar el habitante del pabellon menos ensimismado, hubiera podido ver asomar la cabeza de un hombre á flor de la abertura. Pocos segundos despues este hombre hacia violentos esfuerzos para alcanzar el antepecho; consiguiolo al fin, y empujando los entornados postigos saltaba dentro la estancia, apresurándose á cerrar tras sí la ventana.

Al ruido, el pensativo habitante del pabellon levantó la cabeza y viendo frente de él á un desconocido, se apoderó de la espada que habia encima de la mesa y la desnudó con precipitacion, levantándose para dirigirse hácia el extraño huésped que en aquel momento le volvia la espalda, mas cuidadoso de cerrar la ventana que de dar satisfaccion al dueño de aquella estancia.

— ¿Quién sois? ¿Qué manera es esa de asaltar la casa de un caballero! exclamó con arrogancia el de los versos, dirigiéndose espada en mano hácia el recién llegado.

Este no dió mas contestacion que volverse de espaldas á la ventana, la cual acababa de asegurar. La luz de la lámpara dió de lleno en el rostro del asaltador, y la espada cayó de las manos del habitante del pabellon que murmuró sorprendido:

— Príncipe...

El nuevo personaje, poniéndole una mano en la boca, le impidió continuar. En seguida le dijo con voz melancólica y baja:

— ¡Silencio por Dios, marqués, silencio!

Y por medio de un ademan llamó su atencion hácia el rumor de unos pasos que se detenian al pié de la ventana, y al cual sucedia el de un cuchicheo, que el silencio de la noche permitia llegar distintamente á oídos de los dos personajes que ocupaban la estancia.

— ¿Os persiguen? preguntó en voz baja aquel á quien el recién llegado diera el título de marqués.

— Sí, murmuró el otro, pero afortunadamente he visto luz en tu pabellon y he podido encaramarme hasta la ventana abierta. Dios me ha deparado este medio para desorientarles... ¿Oyes? añadió siempre en voz baja, haciéndole notar el ruido de los pasos y voces que se alejaban; han perdido mis huellas y prosiguen su camino.

— Mal hace V. A. en aventurarse solo y á semejantes horas de la noche por los jardines.

El príncipe, porque era el príncipe, se encogió de hombros sin contestar la menor palabra, y descubriéndose la cabeza, y pasando la mano por su frente que ardía para enjugar las gotas de sudor que en ella brillaban, fué á sentarse en el sillón desocupado pocos momentos antes por el marqués. Este prosiguió de pié y en actitud reverente ante él.

— Si V. A. me permite, dijo, llamaré á mis criados y saldremos á recorrer los jardines en busca de vuestros perseguidores.

— No, dejadles en paz.

— ¿Ha conocido V. A. á algunos de ellos?

— A ninguno, y no quiero tampoco conocerlos.

— ¿Pero con qué intento perseguian á vuestra alteza?

— Con el de asesinarme sin duda.

— ¡Asesinos en los jardines de palacio, señor!

— ¿Y por qué no?

El marqués se hizo dos pasos atrás asombrado y confuso.

— ¿Puede haber en este suelo de hidalgos, exclamó, quien, ni siquiera en sueños, se atreva á poner una mano homicida sobre la sagrada persona del príncipe Carlos, hijo del ilustre Felipe II?

— ¿Y por qué no? repitió el príncipe con una triste sonrisa.

— ¡Asesinaros á vos, señor, á vos, el heredero del trono, el príncipe esclarecido!...

— Marqués, marqués, dijo don Carlos interrumpiéndole y fijando en él una mirada llena de tristeza, mi muerte puede convenir á alguno.

— Decidme quién es el que tan infame pensamiento puede albergar y yo os aseguro, señor, que mi espada sabrá hallar el camino de su pecho.

— Entre tu espada y su pecho me interpondria yo.

— ¡Cómo, V. A. defenderia al hombre que intenta asesinarle!

— Marqués, exclamó el príncipe con una intraducible expresion de profundo sentimiento, todas las noches, antes de acostarme me postro de rodillas y le pido á Dios que colme de felicidades y bendiga á aquel á quien puede convenir mi muerte.

Con verdadera estupefaccion se quedó el marqués suspenso, mirando á don Carlos, y abria ya los labios para contestar, cuando el martillo de bronce de la puerta dejó oír sonoros y repetidos golpes. El príncipe se estremeció y se puso extremadamente pálido, levantándose de su asiento como movido por un resorte. El marqués por su parte experimentó tambien cierta natural inquietud.

Oyóse como un criado abria la puerta del pabellon, y pudieron nuestros dos personajes distinguir una voz que preguntaba por el señor marqués de Biel.

— ¡Oh! murmuró don Carlos en voz tan baja, que apenas pudo llegar á oídos del marqués. Es la voz de Antonio Perez, el favarito de mi padre. Si me encuen-

tra aquí, soy perdido y perdida ella tambien sin remedio.

Sin comprender nada de aquello, obedeciendo á un movimiento maquinal, el de Biel se adelantó hácia un ángulo de la estancia y descorrió una cortina azul con franjas de oro que, formando anchos pliegues y cerrando el espacio comprendido entre dos columnas de mármol, ocultaba la entrada de un dormitorio.

— Entrad aquí, príncipe mío, que si es pobre lugar para alojar á V. A., en él estareis seguro al menos y nadie se atreverá á pisarlo mientras yo viva.

— Gracias, marqués. A tu lealtad me fio.

Y se entró precipitadamente en el dormitorio.

La cortina, cayendo tras él, casi no habia tenido tiempo aun de recobrar su inmovilidad, cuando Antonio Perez, porque era el mismísimo secretario de Felipe II, que no habia querido dejarse anunciar, aparecia en el umbral de la estancia y paseaba por ella una mirada de águila buscando con aquella penetracion que le distinguia un detalle, un objeto, un indicio cualquiera que pudiese colocar á sus sospechas en el rastro. Pudo con tanta mayor tranquilidad examinar el aposento, en cuanto el marqués de Biel habia tenido tiempo suficiente de volverse á sentar á la mesa y de proseguir con toda apariencia de tranquilidad su tarea interrumpida pocos momentos antes. Con una mano sosteniendo una pluma y descansando en el puño cerrado de la otra las sienes, el marqués movia los labios, dejando escapar de vez en cuando algunas palabras inconexas.

— ¡Tropel... dosel... es un consonante endemoniado! decia.

Antonio Perez no vió absolutamente nada que pudiese despertar sus recelos, si es que los traia. A mas, aquella completa tranquilidad del marqués entregado á la pesada tarea de buscar consonantes, hubiera acabado de disipar sus sospechas si no lo hubiesen hecho ya el órden y armonía que reinaban en la estancia.

— ¿Con que tambien poeta, señor marqués de Biel? dijo el secretario de Felipe II adelantándose hácia la mesa con semblante hipócrita.

Volviósese el marqués como sorprendido y se apresuró á levantarse.

— ¡Oh, señor Perez! exclamó tendiéndole la mano por encima de la mesa.

— Vuestro humilde servidor.

El marqués le acercó un sillón, invitándole á tomar asiento.

— ¿A qué debo el honor de vuestra visita tan á deshora? preguntó el marqués despues de los primeros cumplidos.

— La cosa es muy sencilla, contestó Perez con tal naturalidad, que quien no le hubiese conocido hubiera creído leer en su acento la expresion de la mas cordial franqueza. Héme retirado muy tarde del despacho ordinario con S. M., cuya preciosa vida prolongue el cielo dilatados años, y pasaba por junto á vuestro pabellon dirigiéndome á mis aposentos, cuando al ver la luz en la ventana, se me ha ocurrido una idea y me he dicho: «Voy á visitar á ese buen amigo con quien estoy en deuda hace tiempo, y al que sorprenderé ocupado en su galante correspondencia: no le pesará sin duda la interrupcion de un momento para estrechar la mano de un antiguo amigo.» Esto me dije, y aquí me teneis.

— Y muy bien que habeis hecho, señor Antonio Perez, y mucho que os lo agradezco, contestó el de Biel con fina sonrisa. Cónstame en verdad lo atareado que os tienen los negocios de Estado durante el dia, para no agradecer el sacrificio que me haceis de algunos momentos que hubiérais podido dedicar al descanso. Vuestra visita á deshora me es pues doblemente grata.

Y volvieron á comenzar ceremoniosos cumplidos por una y otra parte.

— Estais escribiendo versos me parece, marqués, dijo Antonio Perez; á lo menos, os he oido murmurar no sé qué de consonantes.

— En efecto, exclamó el de Biel con toda naturalidad. Como buen catalan, soy aficionado á la poesia, que ya sabeis ha sido ena nuestro pais de galantes trovadores. A mas, dióme algunas nociones de este arte mi preclaro amigo y paisano el caballero Mosen Juan Boscá, que há pocos años ha muerto gloriosamente, despues de haber emprendido la restauracion de la poesia española, introduciendo de nuevo en ella el metro y las gracias que tanto sobresalen en las musas italianas.

— He oido hablar de Mosen Juan Boscá. Si no me engaño, este caballero barcelonés es el que ha recogido, enmendado y dispuesto las preciosas poesias de su amigo Garcilaso de la Vega.

— El mismo es por cierto.

— Buen maestro habeis tenido entonces, marqués, y no dudo que habrá hecho de vos un excelente discípulo. Los catalanes sois ilustres en armas como en letras.

— El discípulo, señor Antonio Perez, no es digno en manera alguna del maestro, porque os he de confesar ingenuamente que mas gusto de manejar la espada que la pluma. Aficiónome mi amigo Boscá al metro italiano que quiso introducir en la poesia castellana, y procuraba hoy, aprovechando unos momentos de ocio, ejercitarme en este metro, pero iba á desistir de la empresa cuando afortunadamente ha venido vuestra agradable presencia á interrumpirme.

Antonio Perez se inclinó para contestar á esta galanteria y dijo:

— ¡A desistir! ¿Tan mal os tratan las musas?

— Infamemente. Hace dos horas que me quiebro los cascos en busca de un maldito consonante, contestó el marqués, á quien no desagradaba el giro que iba tomando la conversacion y lo aprovechaba para desorien-

tar al secretario del rey en las sospechas que pudiera tener.

— ¡Un consonante! ¿Y un hombre como vos se apura por un consonante?

— ¿Os parece poco?

— Hacedme el gusto de leer los versos y veréis como yo os lo encuentro al instante.

— ¿Sois también poeta? ¡Vos, un hombre de Estado!

— Presté algún culto á las musas, allá en mis mocedades, y algo se me recuerda para poder atreverme á dar un consejo y para hallar sobre todo un consonante.

— Os tomo la palabra. Completadme la poesía, y me hareis el hombre mas feliz por el momento.

— ¿Tan á pecho tomáis la cosa?

— Sí, porque me evitais el fastidio de pasar otras dos horas rompiéndome los cascos.

— Acepto el compromiso, solo por seros agradable.

— Pues entonces, oid; pero os suplico que no vayais á reiros de mis versos.

— ¿Es modestia?

— Vais á juzgar.

Y tomando el papel, comenzó á leer con énfasis el marqués:

Por vos suspira un corazon amante
Preso en las redes del mas puro amor.
Firmeza tiene y voluntad, Constante,
Con su lealtad burló vuestro rigor.

¿En vuestros ojos no ha de hallar, señora,
Un destello de tierna compasion,
El pobre amante que con fe os adora,
Que al veros os rindió su corazon?

Miradme á vuestros piés. Paz ni sosiego
Hallar no puede ya mi pecho fiel
Si á la solicitud de amante ruego...

— Y de aquí no he pasado. Hame sido imposible hacer un solo verso mas.

— ¡Versos de amor! No en balde tiene fama de ser el galanteador mas asiduo de las hermosas damas el marqués de Biel. Buenos son los versos y buena entonación tienen. A ver, hacedme el gusto de leer otra vez los últimos, y trataremos de hallar el consonante que os falta.

El marqués repitió la lectura.

— La cosa sería muy fácil, dijo Antonio Perez clavando sus ojos en el semblante del marqués, como si quisiera leer en él la emoción que podía causarle lo que iba á decir, la cosa sería fácil si la mujer á quien se dirigen estos versos se llamara Isabel...

Y aquí se detuvo Perez esperando un movimiento que el de Biel no hizo.

— Pues que entonces, prosiguió sin dejar de mirarle de hito en hito, podriais concluir por ejemplo:

Si á la solicitud de amante ruego
No cede el corazon de mi Isabel.

— Teneis razon, dijo el marqués. Nada mas fácil si la dama de quien se trata se llamara Isabel, pero se llama Aurora, me es imposible concluir con *no cede el corazon de mi Aurora*.

— Es verdad. Y á propósito. ¿Aurora habeis dicho? Yo conozco este nombre. Aurora... ¿Aurora de Senmatal quizá?

— Precisamente.

— ¡Ah! la mas hermosa de las camaristas de la reina, la protegida de la princesa de Eboli... No teneis mal gusto, marqués. Os felicito.

— Pues qué, ¿no sabiais?...

— ¿Que la hiciérais la corte? No por cierto.

— Es mi desposada. Nuestro enlace fué ya dispuesto allá en Barcelona por ambas familias, cuando estábamos aun en la infancia.

— Perfecta pareja hareis. Gallardo vos, ella hermosa... Sois un bribon, marqués. La fortuna os sale al encuentro. Pero en fin, volviendo á nuestro asunto, me habeis picado el amor propio y he de merecer de vos que me deis los versos que me habeis leído. Mañana os los devolveré con el verso que falta para completar la idea.

— Llévaroslos podeis, y así la poesía será obra de dos ingenios.

— El mio es ya un ingenio rancio. Lo que puede suceder es que os estropee los versos.

— No será así, que antes ganarán con vuestra cooperacion.

— Galante estais.

Y al decir esto Antonio Perez se inclinó y guardó el papel con los versos del marqués.

— ¿Os vais ya? dijo este viendo que se levantaba.

— Sí; la noche está muy adelantada, y ya sabeis que mi deber me obliga á presentarme muy de mañana en palacio.

El marqués se levantó también para hacer cortesía á su huésped. Antonio Perez paseó la mirada al rededor, como si no pudiera acabar de convencerse de lo infundado de sus sospechas, y dijo:

— Con justicia os proclaman las gentes, marqués, el caballero mas galan y de mas buen gusto que hay en la corte de las Españas.

— ¿Por qué lo decís?

— Porque observo que teneis vuestra habitacion regiamente adornada. ¡Hermosos tapices, pardiez! ¡Lindisimas colgaduras! ¡Magníficos muebles. Y... ¡calle! exclamó de pronto el secretario del rey Felipe mirando á todos lados como si se evocara un recuerdo en su memoria, este pabellon... sí, este pabellon es el mismo... Mirad, allí, en el fondo de aquel dormitorio, añadió señalando la cortina azul, allí me parece ver al príncipe Carlos...

Al oír este nombre tan brusca y repentinamente arrojado en medio de la conversacion, el marqués de Biel no pudo contener un estremecimiento, y sin serle posible dominarse, volvió los ojos hácia la alcoba, cuya cortina se movió de un modo demasiado significativo para poder dejar de conocer que alguien se escondia tras ella. Antonio Perez lo vió todo con aquella penetracion que le distinguia, pero hizo como si no hubiese notado nada, y continuó su frase comenzada con la misma calma que poseia siempre en su habla.

— A nuestro muy amado príncipe cuando le aquejó aquella enfermedad terrible que amenazó llevarse al sepulcro, lo cual hubiera sido una gran desgracia para nuestros reinos. Sí, sí, lo reconozco bien ahora, este era el pabellon que el príncipe ocupaba. ¿No os acordais, marqués?

Y el secretario volvió sus ojitos de águila hácia el de Biel, en cuyo rostro pudo leer todavía los restos de la turbacion que le habia sobrecogido al oír pronunciar tan de repente el nombre del heredero del trono.

— No, no tengo presente, contestó el interpelado, apelando á toda su fuerza de voluntad para serenarse.

— ¡Oh! pues yo lo recuerdo como si fuese hoy. Este pabellon guarda tristes memorias para toda la familia real que aquí se halló reunida la noche que se creia ser la última para el príncipe. Mirad, precisamente ahí mismo donde os hallais ahora, dijo Antonio Perez señalando el sitio en que estaba como enclavado el marqués á quien no permitia acabarse de serenar el giro extraño que tomaba la conversacion. precisamente ahí mismo se hallaba S. M. Felipe II, grave y pálido como un difunto, aguardando el término de la crisis fatal que debía ser la muerte ó la vida de su hijo. ¡Oh! aun me parece estarle viendo. De pié y apoyada en el respaldo de su sillón estaba la reina Isabel, con la cual hacia solo quince dias que se habia enlazado. La pobre reina fijaba á cada instante en el dormitorio y en el lecho donde agonizaba el príncipe unos ojos en que se pintaba la mas desgarradora angustia, pues harlo comprendia la excelente señora el conflicto en que iba á verse sumida toda la nacion por aquella muerte. Yo estaba inmóvil como una piedra junto á la mesa, y... aguardad, voy á enseñaros el sitio en que se hallaba la princesa de Eboli cuando, burlada por un desmayo del príncipe y creyéndolo la inmovilidad de la muerte, exclamó desde el pié de la cama, no pudiendo contener un sollozo: « ¡Dios mio, el príncipe ha muerto! » Mirad, voy á mostraros el sitio mismo desde donde resonaron aquellas terribles palabras que, gracias á la Providencia, no resultaron verdad.

Y Antonio Perez, con una precipitacion que no era en él costumbre, se encaminó hácia la alcoba, de cuyo cortinaje se habia ya apoderado é iba á descender, si arrojándose á él el marqués no hubiese llegado á tiempo de detenerle el brazo.

— Perdonad, señor Perez.

— ¿Qué sucede? preguntó el secretario haciéndose el sorprendido y sin soltar el cortinaje.

— Hay aquí... balbuceó el marqués que no sabia como expresarse.

— ¿Qué hay?

— Hay en este dormitorio un retrato de mujer, dijo por fin el de Biel resueltamente, que no debe ser visto por nadie.

El secretario del rey se mordió los labios de una manera imperceptible, pero no soltó aun el cortinaje.

— ¿Una rival de la pobre Aurora, vuestra futura? dijo con una risita diabólica.

— Puede, respondió con firmeza el de Biel. De todos modos, es retrato que nadie ha visto y que nadie verá.

— Respeto vuestros secretos, dijo Antonio Perez soltando los pliegues del cortinaje con visible señal de despecho; solo intentaba enseñaros el sitio donde estaba la princesa de Eboli la noche de que os hablaba. Con que no quiero molestaros mas con mi visita, marqués.

— ¡Molestarme! exclamó el marqués conduciendo á Perez como inadvertidamente hácia la puerta y desmintiendo con su ademán el sentido de sus palabras; ¡molestarme con vuestra visita! Al contrario, me ha sido muy grata, os suplico que lo creais.

— Lo creo, pues así me lo decís.

— ¡Oh! no lo dudeis, recibiré á particular complacencia el que la repitais.

— Harélo así.

— Y en ello os seré merecedor de señalado obsequio. Ya en esto habian llegado á la puerta.

— Adios, mi querido marqués, dijo Antonio Perez, estrechándole la mano con toda la expresion de la cordialidad.

— Adios, mi estimado señor Perez, dijo al marqués contestando con la misma aparente afectuosidad al saludo.

Y añadió entre dientes mientras el secretario se alejaba:

— ¡Mal rayo te parta!

Al salir Antonio Perez del pabellon en que moraba el de Biel, se dirigió en línea recta hácia un grupo de árboles. Una sombra se destacó del tronco de uno de

aquellos árboles, dando dos pasos para salir al encuentro del secretario particular y ministro de Felipe II.

Esta sombra no dijo nada, pero el secretario comprendió su actitud interrogadora, así es que exclamó, como contestando á una pregunta:

— Estaba.

— ¿Le has visto tú?

— No, señor, pero estaba, lo apostaria, no me queda duda. Debe haber oído toda la conversacion detrás del cortinaje que oculta la entrada del dormitorio.

El hombre negro dijo entonces con voz severa:

— Aguardemos á que salga. Lo interrogaré yo mismo.

— Señor, tengo yo otro plan de mejores resultados.

— ¡Ah!

— Sí; me ha ocurrido mientras he estado hablando con el marqués, y á propósito de un incidente de la conversacion.

— ¿Pero es el marqués su cómplice?

— Supongo que debe serlo.

— Nos veremos pues, señor encubridor, dijo el hombre negro amenazando con el puño cerrado en direccion al edificio.

El secretario que afectaba un particular respeto y deferencia por el hombre negro, le dijo:

— Creo que lo mejor que por hoy podriamos hacer sería retirarnos y despedir á esos hombres.

— Despídeles pues y retirémonos.

El secretario se internó en la arboleda, volviendo á los pocos instantes.

— Cuéntame tu plan ahora.

— Es infalible, señor.

— Mejor. Vamos pues andando.

Y los dos se dirigieron hácia palacio hablando en voz baja. En el interin, cualquiera observador que allí se hubiese hallado, hubiera visto salir del corazon de la arboleda á varios hombres uno tras otro, pero con marcados intervalos, los cuales se retiraban y perdian en distintas direcciones.

II.

LA LLAVE DEL PARQUE.

En cuanto hubo salido del pabellon Antonio Perez, el marqués de Biel se volvió á su estancia y vió al príncipe que, apartando con su mano derecha el cortinaje azul, asomaba su rostro excesivamente pálido y calenturiento. El marqués se sobresaltó.

— ¿Qué es eso? ¿Qué teneis, príncipe mio?

Carlos dejó caer tras sí el cortinaje, y dando algunos pasos vacilantes por la estancia, fué á dejarse caer, mejor que á sentarse, en un sillón. El de Biel repitió con inquietud la pregunta.

— Marqués, marqués, exclamó el príncipe con un acento particular, ese hombre que acaba de salir de aquí me venderá como Judas vendió á Cristo.

Carlos apoyó su codo en uno de los brazos del sillón y dejó caer su frente abrasada en la palma de su mano. Hubo un momento de solemne silencio. La ventana mal asegurada por el príncipe se habia vuelto á abrir impelida por el viento, y este penetraba en la estancia á bocanadas, despidiendo gemidos melancólicos y haciendo oscilar la luz que brillaba encima la mesa.

El marqués, de pié ante el príncipe, no se atrevia á interrumpir aquella especie de melancólico recogimiento. Carlos fué el primero en romper el silencio. Su voz pareció impregnada de sollozos; tanta tristeza encerraba y tanto dolor daba á comprender.

— Marqués, tú no sabes lo que hay aquí ni lo que pasa, ignorante como te hallas del secreto que guarda mi corazon, pero te lo digo ¡ay! y te lo digo con toda la conviccion del hombre á quien el dolor le hace adivinar y prever; yo estoy en manos de Antonio Perez, y Antonio Perez me matará.

— Príncipe mio...

— Sé lo que vas á decir, sí, no ignoro que hay aun corazones leales, y que el tuyo es uno de ellos, pero sin embargo, yo soy solo, solo para luchar con ese hombre que es el verdadero rey de España. No lo dudes, te lo repito, yo caeré á sus piés. ¡Oh! ¡y si aun no fuese mas que yo!...

El príncipe se interrumpió. La emoción le embargaba la voz. Al poco rato levantó el rostro surcado de lágrimas, y dirigiéndose al de Biel, le dijo con un acento tan expresivo que ninguna pluma seria capaz de pintar:

— Marqués, yo no tengo amigos, yo no tengo hermanos, yo no tengo y nadie en el mundo en quien poder depositar parte de los dolores que me abruma, y que son para mí una terrible carga. Marqués, tú has sido mi compañero de infancia, y acaso hoy la Providencia me haya traído aquí para hacerte esta pregunta. Marqués, dí, ¿quieres ser mi amigo, quieres ser mi hermano?

— ¡Señor!...

— Dí, ¡oh! dímelo... ¿Quieres?

— Príncipe mio, juro ser vuestro mas fiel y mas adicto servidor.

— ¡Oh! no, yo no necesito servidores, yo necesito solo hermanos. Dí, marqués de Biel, ¿te atreves á cargar con todas las consecuencias de ser el amigo de un príncipe, cuya amistad puede ocasionar la muerte?

— Moriré cien veces con gusto, señor, por la honra de llamarme hermano vuestro.

VICTOR BALAGUER.

(Se continuará.)

Juana Hachette.

Beauvais, capital del departamento del Oise, donde acaban de celebrarse las fiestas á que consagramos dos páginas de este número, tiene un recuerdo imperecedero, que merece un artículo y un dibujo especial, cual es el hecho célebre de la intrépida heroína, hija de la ciudad, y que lleva en la historia el nombre de Juana Hachette.

Era en 1472: triste época en la que la guerra devastaba todas las provincias de Francia. — Un ejército borgoñon sitiaba á Beauvais, y los soldados de Carlos el Temerario tenían fama de ser los mas feroces de todos. La ciudad se encontraba en el último extremo, y habia llegado la hora del asalto. Los habitantes, abatidos y desanimados al cabo de tantos dias de sitio, no se sentian con fuerzas para resistir, y el enemigo penetraba ya en la plaza. «Entonces, dicen los cronistas, se lanza á los muros una mujer bien conocida en Beauvais. Todos los dolientes bendicen la caridad con que ella les cuida y les consuela cada dia. — Lleva en la mano una pequeña hacha, un instrumento que hay en todas las casas: llama y excita á la poblacion; reanima el valor decaido de los milicianos que resisten todavia, y corriendo al lugar mas amenazado, mata con un golpe de su *hachita* al soldado que plantaba ya el estandarte borgoñon en la muralla de la ciudad.

«Este estandarte en manos de la joven es la señal de la salvacion de Beauvais. Todo el mundo se agrupa en torno de Juana; por do quiera se rechaza el asalto con tal vigor, que los borgoñones, batidos y humillados, levantan el sitio y van á llevar á otra parte sus estragos.»

¿Cuál es el verdadero nombre de aquella mujer? Ni la historia ni las crónicas lo dicen: los archivos de Beauvais, minuciosamente registrados, solo suministran datos incompletos é insuficientes. Pero la hazaña de 1472 no es por eso menos cierta, y la heroína Juana ha llegado hasta nosotros con el nombre que le dió la gratitud de sus contemporáneos, *Juana Hachette*.

Aun se enseña en Beauvais el estandarte borgoñon que debia señalar la conquista, y que cambiando de



Juana Hachette.

mano, señaló la salvacion del pueblo. Es de sentir que no se haya conservado y consagrado el lienzo de muralla donde tuvo efecto la accion heroica de Juana; pero las generaciones anteriores se mostraban algo des-

cuidadas sobre el particular. Desde entonces cada año dedica Beauvais una grandiosa procesion á la memoria de aquel hecho insigne. Verificase el 28 de junio, y se llama *la fiesta del asalto*.

L. E.

La liga internacional

DE LA PAZ.

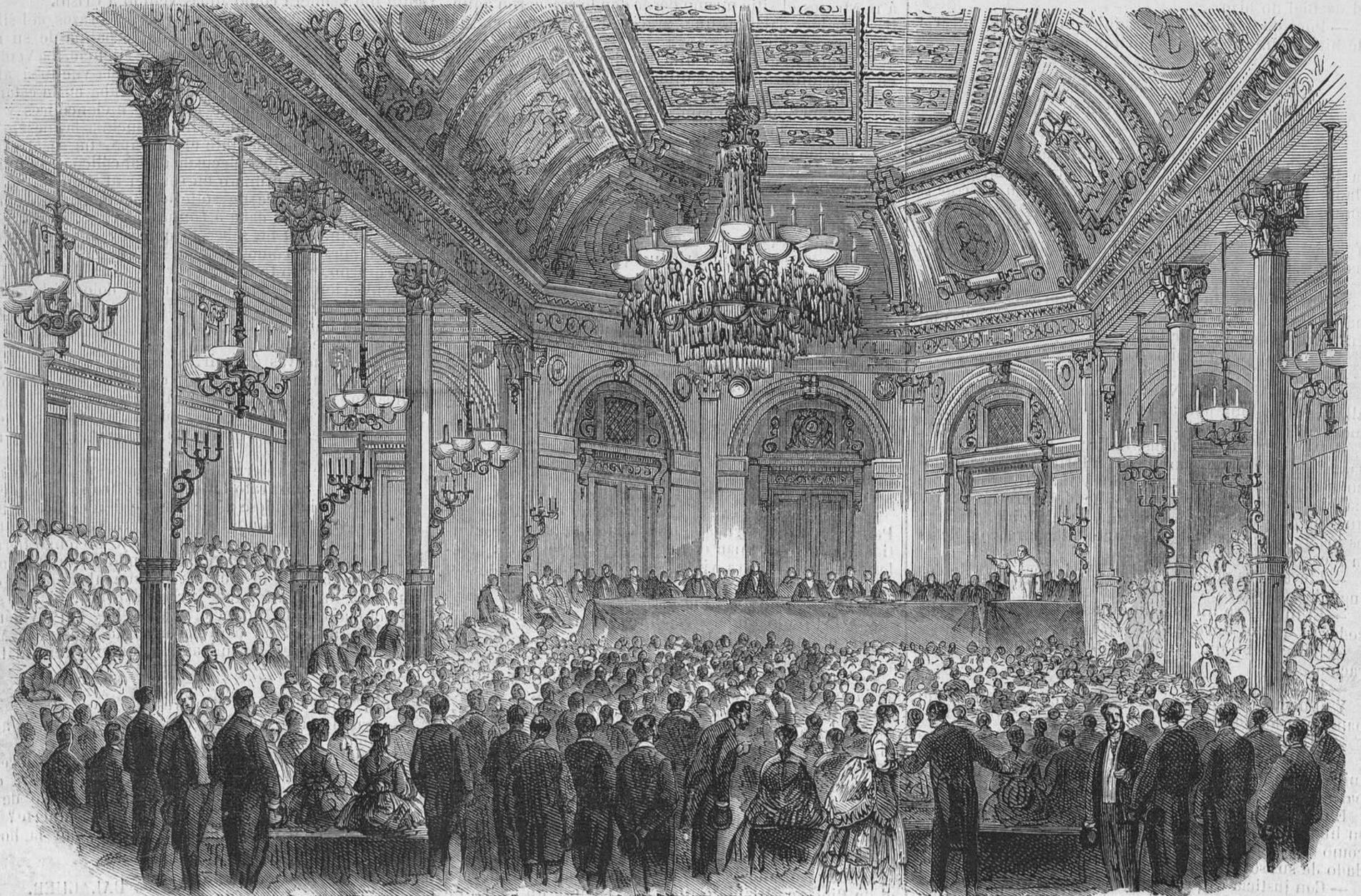
Asamblea general anual.

La liga de la paz es una asociacion anual que tiene por objeto la propaganda de las ideas pacíficas, con el fin de llegar á la edad de oro, que llamaba Beranger la Santa Alianza de los pueblos. Nuestra escéptica generacion se sonrie con incredulidad ante tal idea; pero no por eso se desaniman los iniciadores y promovedores de ella.

Pero ¿acaso la propaganda de una asociacion pacífica no será mas que una obra quimérica y sin resultado posible? Nadie se atreveria á afirmarlo, y la brillante asamblea que oyó últimamente en la sala Hertz el informe de M. Federico Passy, ha podido convencerse por el rápido incremento que ha tomado la asociacion de los progresos que hacen en el mundo las ideas pacíficas. Ademas, la marcha de la civilizacion bien nos demuestra por otra parte que los hechos así como las ideas, hacen progresar en todas partes las instituciones pacíficas. Las grandes aplicaciones de la ciencia, el libre cambio, la libertad de los mares, los congresos, no son en suma, otra cosa que las conquistas de la idea de la paz.

La guerra pierde pues, terreno cada dia, y á M. Michel Chevalier le costó poco trabajo demostrar que los armamentos pueden considerarse como la desgracia de todas las épocas y de todos los pueblos.

Pero el principal interés de la reunion del 24 de junio estuvo en el discurso del R. P. Jacinto, que ha llamado sobremedera la atencion pública. El eminente religioso posee sin duda alguna los dones superiores que constituyen al orador de primer ór-



Liga internacional de la paz. — Asamblea general anual celebrada el 24 de junio en Paris, en la sala Hertz.

den, y prestó á la defen-
sa de las ideas pacíficas
el concurso de una pala-
bra verdaderamente elo-
cuente.

El simpático orador de-
claró que no pertenecía
á esa secta exclusiva que
desdeña ocuparse de los
intereses de este mundo
y tomar en cuenta los
trabajos del hombre para
dominar la materia. « El
hombre, dijo, no está en
la tierra para soñar el
cielo, sino para ganarle
con el trabajo. »

Magnífica frase que la
asamblea cubrió de repe-
tidos aplausos.

En resumen, la liga in-
ternacional se ha pro-
puesto continuar la gene-
rosa obra inaugurada en
1849 por el congreso de
la paz, y los progresos
que hace cada día la aso-
ciación nos demuestran
que la idea pacífica es
verdaderamente el alma
de las grandes trasforma-
ciones que lleva á cabo el siglo XIX. H. V.

La Francia pintoresca.

DEPARTAMENTO DE LA SARTHE.

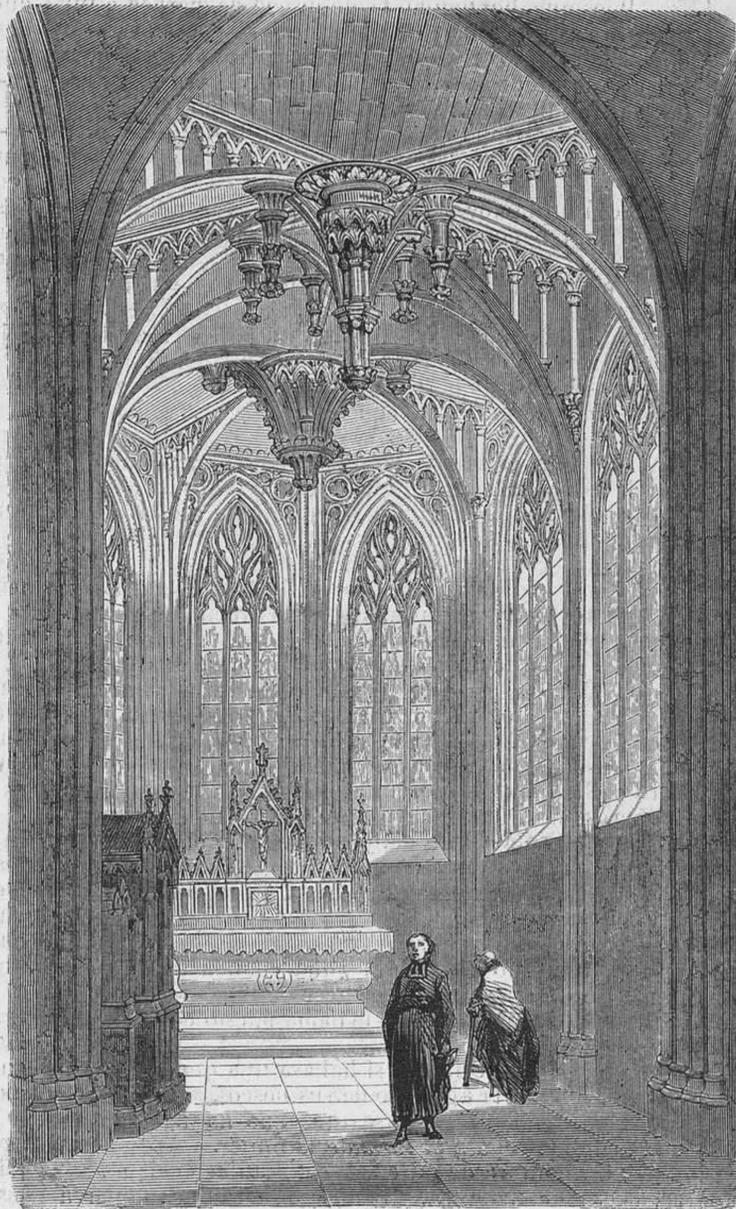
De todas las antiguas provincias que atravie-
sa el ferrocarril de Paris á Brest, una de las
más interesantes por la hermosura de los pais-
ajes, el número y la importancia de los mo-
numentos, es el Maine, y mas particularmente
la parte del Maine que forma hoy el departa-
mento de la Sarthe. Cuatro horas bastan para
salvar la distancia de 214 kilómetros que se-
para la capital de la Francia de la antigua ca-
pital del condado. Apenas se tiene tiempo
para saludar de paso á Rambouillet, dominio
de la corona, á Epéron « el pueblecillo sin
fama, que domina desde lo alto de la colina
un « río sin peces, » como dice un malicioso
adagio; á Maintenon, mas ilustre, gracias á
las costosas locuras de Luis XIV y á la viuda
de Scarron, el burlesco poeta; á Chartres, la
ciudad de los Druidas; y tambien de la Virgen,
como lo atestigua la asombrosa catedral, cu-
yos elegantes campanarios atraen desde muy
lejos la mirada. Mas allá de Chartres, hé ahí la
Beauce, llanura inmensa y fértil, rica en trigo,
cebada, avena y colza; pero en donde faltan
siempre, como en la época de Fortunato Ve-
nancio, otras cosas de importancia: fuentes,
prados, bosques, piedras, árboles frutales, vi-
ñas:

« Belsia, triste solum, cui desunt bis tria solum;
Fontes, prata, nemus, lapides, arbusta, racemus.

Y despues de la Bauce viene el Perche, que
posee todos estos dones, excepto la viña: el
Perche, cuyas risueñas colinas cubiertas de
vegetación rodean frescos valles, donde se cria
una robusta raza de caballos de tiro. Por es-
tas vertientes baja el riachuelo del Huisne, al
que toca el camino de hierro. El castillo de
los condes de Perche, antigua propiedad de



Francia pintoresca. — Departamento de la Sarthe. — Puerta de la Ferté-Bernard.



Iglesia de la Ferté-Bernard. — Capilla de la Virgen.

los Condé y de Sully,
mutilado por las guerras
y por el tiempo, parece
proteger todavía la po-
blación de Nogent-le-Ro-
trou. Se le echa una mi-
rada á toda prisa, y con-
tinuando el Huisne se pe-
netra por su magnífico
valle de prados en el de-
partamento de la Sarthe.

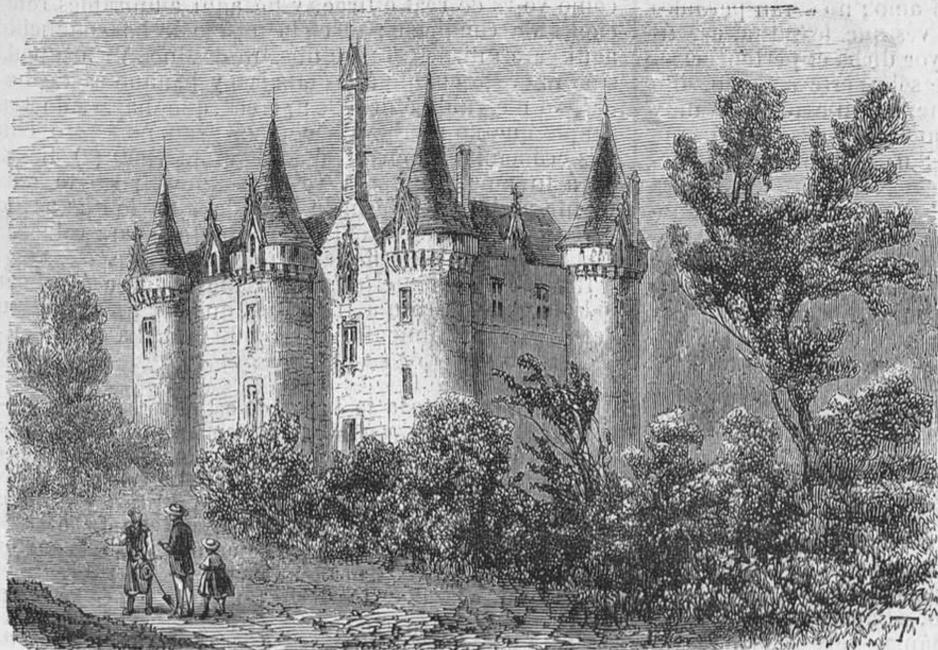
La primera estación del
ferrocarril en este de-
partamento merece dete-
ner algunos instantes al
viajero. Es la Ferté-Ber-
nard, pueblecillo de 2,700
habitantes, antigua capi-
tal del Fertois. Defendido
en otro tiempo por bu-
enas murallas y un gran
castillo, mereció durante
largo tiempo su nombre,
sinónimo de fortaleza. Su
posición á la entrada del
Maine y de las Marcas de
la Normandía, le condenó
á desempeñar un papel
importante en las guerras
que desolaron estas co-
marcas; pero entre todos

los sitios que sostuvo, el de 1590 es el mas
célebre. La Ferté pertenecía entonces á Carlos
de Mayenne, uno de los jefes de la Liga, que
confió su gobierno á Drago de Comneno, de
la familia de los emperadores de Oriente. El
príncipe de Conti le notificó que entregara la
plaza á Enrique IV; pero el gobernador se
negó y sostuvo valerosamente muchos asaltos.

Como se alargaba el sitio, Comneno des-
pidió de allí como bocas inútiles á varias alde-
anas que se habian refugiado dentro de sus
muros, y viendo que los sitiadores se emanci-
paban con ellas, imaginó una estratagema para
atacar al enemigo por su flaco. Disfrazó de
mujeres á algunas tropas de soldados y les hizo
salir secretamente por la poterna del castillo.
Los soldados del Vert-Galand corrieron sin
desconfianza y sin armas, y ya las beldades
improvisadas se disponian á vender cara su
honra, cuando uno de los capitanes del ejército
real, Renato de Bouillé, receló alguna embos-
cada y corrió en defensa de los suyos.

« La mascarada, dice M. Charles, el historia-
dor de la Ferté-Bernard, volvió entonces al
castillo con mucha prisa. A Enrique IV le hizo
reír mucho esta burlesca aventura, que vino
á ser una fuente inagotable de bromas; se ha-
bló del caso durante largo tiempo, y aun se
habla todavía en la Ferté, porque es un hecho
inolvidable. » Sin embargo, los sitiados tui-
eron que rendirse, sin que les valiera para nada
aquella estratagema.

El castillo de la Ferté ha desaparecido com-
pletamente, y en lugar de las antiguas mura-
llas hay ahora paseos plantados de árboles.
Apenas quedan á lo largo de los fosos que el
Huisne alimenta todavía, algunos restos de las
torres de defensa y algunos trozos de aquellas
murallas por donde una noble señora del si-
glo XVIII, Julia de Estrées, duquesa de Villars,
se paseaba al galope de su caballo. Sin em-
bargo, se conserva una puerta que es un pa-
bellon cuadrado coronado con una techumbre
aguda y flanqueado de dos gruesas torres,
cuyo coronamiento piramidal está rodeado en
su base de buhardas y de almenas. Esta ma-
ciza construcción, que no parece anterior al
siglo XV, forma la principal entrada de la
Ferté por el lado del camino de hierro. Des-



Castillo de Bonnetable.



Dolmen de Duneau.

de el principio del siglo pasado si ve de casa concejal, y en su sala se ve el retrato de la extraña amazona antes mencionada.

Pero la curiosidad mas notable de la Ferté-Bernard es la iglesia de Nuestra Señora de los Pantanos, preciosa muestra del estilo ogival, sobre el cual ingirió el Renacimiento lo mas elegante y gracioso que pudo crear. Principiada en la segunda mitad del siglo XV, no se concluyó hasta principios del XVII. Entre los arquitectos, *maestros albañiles*, como decian entonces, que dirigieron sucesivamente esta obra, debe citarse el famoso Jehan de Beauce, á quien se deben el campanario nuevo de la catedral de Chartres y los primeros grupos del coro de la misma catedral. A esta iglesia se le puede aplicar á la letra lo que se ha dicho á menudo de los grandes edificios religiosos de la edad media: «Son poemas de piedra.» Diríase que la misma piedra canta las alabanzas de la Virgen. Dos galerías rodean el coro, y en sus balaustradas están reproducidas todas las letras de dos antífonas de la Virgen: *Regina Cæli* y el *Ave Regina Cælorum*.

En el interior las capillas del centro, y sobre todo la de la Virgen, se distinguen por el ornato de sus bóvedas. En otro tiempo esta iglesia tenia magníficas vidrieras, de las cuales solo unas cuantas han sido respetadas por los años y las revoluciones.

La construcción y ornato de la iglesia, que llevaron á buen término los habitantes de la Ferté solo con sus recursos y sus prolongados esfuerzos, llamaron á la población toda una colonia de artistas, escultores en piedra y en madera, y pintores de vidrieras que han dejado huellas de su paso en mas de una casa particular.

De los poderosos señores de la Ferté-Bernard dependía en la edad media la baronía de Bonnetable, situada á 20 kilómetros al Oeste, en el camino del Mans á Mortagne, en una feracísima comarca. Después de haber pertenecido á los condes de Soissons, y luego á la familia de Luynes, esta posesión y su castillo son hoy pertenencia de M. Sosthenes de la Rochefoucauld, duque de Bisaccia. El castillo es uno de los edificios mejor conservados de la época feudal. Flanqueado de seis torreones y rodeado de fosos anchos y profundos, está hoy con poca diferencia, como estaba cuando le construyó Juan de Harcourt por los años de 1478. El ala del Sur y algunos detalles de ornato son de una época posterior.

Pero vamos al Mans y Bonnetable nos desvía de nuestro verdadero camino; volvamos á tomar pues, el valle del Huisne y apresurémonos. Mas allá de la estación de Sceaux, la vía atraviesa un territorio que ha conservado muchos monumentos de las edades antehistóricas. En Connerré, en Vouvray y sobre todo en Duneau se ven los dolmens mas hermosos del departamento de la Sarthe. El principal, representado en nuestro dibujo, se compone de seis piedras enormes, cada una de 60 centímetros de grueso. ¿Qué pueblo erigió esos monumentos que fueren tumbas antes de ser altares? Es un secreto que la ciencia no ha revelado todavía y que quizás no revelará nunca.

Cuando se pasa Pont-de-Gennes, así llamado, dicen los sabios, por un puente que los romanos arrojaron sobre el Huisne, para el servicio de la antigua vía del Mans á Chartres, el paisaje cambia de aspecto. A la fresca verdura del valle, á los campos cultivados de las colinas, suceden sombríos pinares. Luego la campiña se anima; los molinos y las fábricas anuncian una gran ciudad, cuyas iglesias y demás monumentos se dibujan en el horizonte. Estamos en el Mans. E. P.

El llanto de la vida.

(Conclusion.)

— ¡Oh, por Dios, señor! exclamó la dama; en el estado en que os hallais absteneos de sospechas tan punzantes para vos como injuriosas para mí. He estudiado nuestros libros; conozco nuestros ritos; ¡oh! ¡mi corazón es vuestro y no será nunca de otro! os lo juro, y si dudais de mi sinceridad, consiento y pido morir antes que vos, á fin de que esteis bien persuadido de mi constante afecto.

— Basta, dijo *Tchouang-tseu*, no tengo ya dudas sobre la constancia de vuestros sentimientos... mas ¡ay! siento que espiro, y mis ojos se cierran para siempre.

Después de estas palabras quedó sin respiración y sin la menor señal de vida. Entonces la dama desconsolada y prorumpiendo en agudos alaridos, abrazó el cuerpo de su marido y le tuvo por mucho tiempo apretado convulsivamente cubriéndose con un largo vestido de luto. Atronaban el aire sus clamores y sus alaridos, revelando el mas vivo dolor. Llegó á tal extremo, que se hubiera creído había perdido el juicio. No quería tomar alimento ni descansar.

Los habitantes de una y otra parte de la montaña fueron á prestar los últimos deberes á los restos de aquel que sabian ser un sabio de primer orden. Cuando la muchedumbre empezaba á retirarse, se vió llegar un joven señorito de bellas formas y rostro encantador. Nada de mas elegante que sus galas; llevaba un vestido de seda color de violeta, un gorro negro, una faja bordada y unos zapatos encarnados; un viejo criado le seguía. Este señor hizo saber que descendía de los reyes *Tsou*.

— Hace algunos años, dijo, que había declarado al filósofo *Tchouang-tseu* haber resuelto hacerme su disci-

pulo; venia con este objeto, y veo á mi llegada que ha cesado de existir. ¡Qué lástima! ¡Qué pérdida!

Se quitó inmediatamente su hábito de color y se hace traer uno de luto; luego, habiéndose acercado al ataud, hirió cuatro veces la tierra con su cabeza y exclamó con voz interrumpida por los sollozos:

— Sabio y docto *Tchouang*, vuestro discípulo es desgraciado, pues no ha podido hallaros en vida y beber la ciencia en vuestras lecciones; quiero al menos probaros mi apego y mi agradecimiento quedándome aquí, y vistiendo luto durante cien dias.

Después de estas últimas palabras se prosternó cuatro veces, regando la tierra con sus lágrimas. Pidió luego ponerse á las órdenes de la dama, que por dos ó tres veces le rogó disimulase. Wang-Sun (el nieto del rey) dijo que, según los antiguos ritos, las mujeres podian dejarse ver cuando las visitaban íntimos amigos del marido.

— Y tengo, añadió, mas razones aun para gozar de este privilegio, pues que debía vivir en casa del sabio *Tchouang-tseu*.

Cede por fin la dama á estas instancias, sale de lo interior de su retrete, y con paso lento adelántase hácia la sala para recibir el pésame, que se hizo en pocas palabras y en términos generales. Los nobles modales, el talento y las prendas del joven encantaron á la dama, que sintió en el fondo de su alma los movimientos de una pasión naciente, que no podia muy bien definir, pero que la hacian desear que no fuera tan pronta su despedida.

Wang-Sun la previno, diciéndola:

— Pues que he tenido la desgracia de perder á mi maestro cuya memoria siempre me será cara, desearia buscar por aquí cerca un pequeño aposento en donde moraria durante los cien dias de luto, para asistir después á los funerales. Me agradaria tambien poder leer durante este tiempo las obras de este ilustre filósofo, y ellas reemplazarian las lecciones de que me veo privado.

— Será un honor para nuestra casa, respondió la dama, y no veo por otra parte ningun inconveniente en ello.

Y preparó una pequeña comida é hizo que se la sirviesen.

Durante la comida colocó sobre un faristol muy limpio las composiciones de *Tchouang-tseu*, añadió á ellas el *Tao te-King*, regalo de *Lao-tseu*, y vino á ofrecerlo á *Wang-sun*, que lo recibió con la cortesía que le era natural.

Al lado de la sala del muerto en donde estaba el ataud, habia dos cuartos, que daban á esta sala abierta por delante; estos fueron destinados para alojar al joven señor. La joven viuda iba con frecuencia á aquella sala para llorar sobre el ataud de su marido, y al retirarse decia alguna palabra cortés á *Wang-sun*, que se presentaba para saludarla. En estas frecuentes entrevistas, muchas miradas se escaparon que descubrian la simpatía de sus corazones. *Wang-sun* se hallaba ya medio enamorado, y enteramente lo estaba la viuda; lo que le gustaba era hallarse en el campo y en una casa poco frecuentada en donde la negligencia de los ritos, en cuanto al luto, no podian llamar mucho la atención. Pero como siempre cuestan al pudor de una mujer los primeros pasos, discurrió este medio; hizo venir secretamente al viejo criado del joven señor. Le dió primeramente algunos vasos de buen vino, le acarició y halagó, é insensiblemente llegó hasta á preguntarle si su amo era casado.

— Todavía no, contestó.

— Y, continuó la señora, ¿qué cualidades desearia hallar en una persona para hacer de ella su esposa?

El criado, que ya el vino le habia puesto de buen humor, replicó:

— Le he oido decir que si hallara una que se os pareciera, se creeria al colmo de sus deseos.

— ¿No mientes? ¿Me aseguras que ha hablado de esta manera? repuso al instante la mujer.

— ¿Un hombre de mi edad, contestó el anciano, seria capaz de mentir? ¿y tendria valor para inducir á una persona de vuestro mérito en error?

— Pues bien, prosiguió ella, tú eres muy propio para llevar á cabo mi enlace con tu amo; no serán perdidos tus pasos; háblale de mí, y si ves que le gusta, asegúrale que miraria como mi mayor dicha el pertenecerle.

— No es necesario sondearle sobre este artículo, dijo el criado, pues me ha francamente confesado seria muy de su gusto esta union. Pero no es posible, añadió, porque soy discípulo del difunto: dariase mucho que decir á la gente.

— ¡Vaya qué impedimento! repuso la viuda enamorada; tu amo no ha sido realmente discípulo de *Tchouang-tseu*, solo había prometido serlo, lo que no es lo mismo que haberlo sido. Por otra parte, estando como estamos en el campo, retirados, ¿quién se ocuparia de nuestras cosas? ¡Vah! si se levantara algun otro obstáculo, talento tienes para allanarlo, y agradeceré liberalmente tus servicios.

Y dicho esto, llenó varios vasos de excelente vino para ponerle de buen temple.

Prometió en efecto el criado tomar por su cuenta el negocio, y como estaba para marcharse, le volvió á llamar la señora.

— Escucha, le dijo, si tu amo acepta mis ofrecimientos, ven al instante á decírmelo; en cualquiera hora que sea, de dia ó de noche, te esperaré con impaciencia.

Después que se hubo alejado, se apoderó de ella una inquietud extraordinaria. ¡Cuántas veces entró, bajo cien pretextos, en la sala para acercarse un poco á la

habitacion del joven señor! Favorecida de las tinieblas, escuchaba por la ventana del cuarto, lisonjeándose de oír hablar del asunto que tanto la interesaba. Pasando cerca del ataud, oyó un ruido y se estremeció.

— ¡Ay! dijo en sí misma, ¿ha vuelto á la vida el viejo difunto? Corre á su cuarto, toma la lámpara y viene á examinar la causa de aquel ruido. Encontró al viejo criado tendido sobre la mesa colocada como un altar delante del ataud para quemar los perfumes y dejar en ciertas horas las ofrendas. Estaba digiriendo el vino que le habia hecho beber la dama. Otra mujer se habria sumamente resentido por esta irreverencia hácia el muerto (1), pero ella no se atrevió ni á quejarse, ni aun á despertar al embriagado. Fué pues á echarse, pero no le fué posible dormir. Al dia siguiente por la mañana encontró al criado que se paseaba con mucha calma sin ni aun pensar en dar la contestacion con respecto á su encargo. Esta frialdad y este silencio llenaron su alma de tristeza. Le llamó, y habiéndole hecho entrar en su cuarto.

— ¿Qué tal? le dijo, ¿cómo va el asunto de que hablamos ayer?

— Es imposible, respondió muy lacónicamente el criado.

— ¿Y por qué? repuso ella, ¿no te acordaste de lo que te encargué, ó no supiste hacerlo valer?

— No he olvidado nada, prosiguió el criado, y hasta os diré que he llegado á convencer á mi amo; halla ventajoso el ofrecimiento, y está satisfecho de lo que habeis replicado sobre el obstáculo que antes veia en su calidad de discípulo de *Tchouang-tseu*. De manera que esta consideracion ya no le detiene, pero hay tres obstáculos mas, me dijo él, insuperables, y que le costaria declararos.

— Veamos pues, repuso la señora, cuáles son estos tres obstáculos.

— Hélos aquí tales y cuales me los ha referido mi amo. Primero, estando aun expuesto en la sala el ataud, ¿cómo podria uno entregarse á la alegría y celebrar bodas? Segundo, el ilustre *Tchouang-tseu* habiendo querido con tanta ternura á su esposa, y ella habiendo probado con cuánto amor le correspondia, amor fundado sobre su virtud y grande inteligencia, teme que vuestro corazón no quede para siempre del difunto, sobre todo, dijo mi amo, en vista de la inferioridad de mi mérito. Tercero, por fin, no tengo aquí mi equipaje, ni muebles, ni dinero, ¿en dónde tomar los regalos de boda y con qué hacer los banquetes? en el lugar en donde estamos ni hallaria quien pudiera prestarme dinero. Hé aquí, señora, lo que le detiene.

— Estos tres obstáculos, respondió ella, son fáciles de vencer, y no merece la pena hablar de ellos. En cuanto al primer artículo, ¿qué encierra por fin este lúgubre trasto? un cuerpo inanimado que no puede ya inspirar temor alguno. Tengo en un rincón aquí cerca una vieja casucha; algunos paisanos de la aldea allí lo llevarán, y ya está quitado el primer obstáculo. En cuanto al segundo, si, si... era verdaderamente mi marido lo que parecia; ¡hombre de una rara virtud y de una grande capacidad! antes de casarse conmigo habia repudiado ya su segunda mujer: sí, sí... era, como ves, mucha la armonia de nuestro matrimonio. Sobre el ruido de su reputacion, que era bastante mal fundada, el último rey de *Tsou* le envió regalos y quiso hacerle su primer ministro; pero él que sentia cuánta era en realidad su incapacidad, y que vió se haria inevitablemente manifiesta en semejante empleo, marchóse y vino á ocultarla en esta soledad. Hay apenas un mes que paseándose solo á los piés de la montaña, encontró una joven viuda ocupada en hacer secar con el abanico el sepulcro de su marido, porque no debía volverse á casar hasta que estuviera seco. Se acercó á ella, la halagó, la quitó el abanico y hasta lo agitó para ayudarla en su intento. Quiso luego quedarse con el abanico como una prenda de su amistad, y aquí lo trajo, pero se lo quitó de las manos y le hizo trizas. Estando ya en la agonía, volvió á hablar de este asunto, lo que nos enemistó aun mas. ¿Qué beneficios he recibido yo de él, y de qué amistad me dió pruebas? Tu amo es joven, es aplicado al estudio, se hará indudablemente un hombre en la literatura; su nacimiento ya le hace ilustre; como yo es de real estirpe, y hé aquí admirables relaciones de condicion; el cielo mismo le ha conducido aquí para unirnos. Tal es nuestro destino. Ya no queda sino uno. En cuanto á las alhajas y banquetes de bodas, yo me cuidaré de ello; ¿crees que haya sido tan simple que no me haya hecho un pequeño tesoro con mis economías? Toma: hé aquí veinte *Taels* (2), llévalos á tu amo, sen para vestidos nuevos; sal lo mas pronto posible, é infórmale bien de todo lo que acabo de decirte. Si consiente, le prepararé todo para celebrar esta misma noche la fiesta de nuestro enlace.

Recibió los veinte *taels* el criado, y fuese á referir toda la conversacion á *Wang-sun*, que por fin dió el tan deseado consentimiento. Luego que la dama quedó en-

(1) Para sentir toda la fuerza de esta expresion, es preciso saber que los chinos dan muchísima importancia á los muertos, al lugar de su sepultura, cuya eleccion creen influyente sobre el destino de los que sobreviven, y á las ofrendas; el luto dura tres años, según los ritos, y durante veinte y siete meses no se sale de casa. Durante los tres años no pueden casarse los hijos de un difunto. Y la mayor desgracia que pueda tener un hombre, es la de morir sin herederos varones que visiten sus tumbas, y depongan sobre ellas las esperadas ofrendas.

(2) El tael es una moneda china que vale un poco menos de cinco francos: cada dos hacen tres cruzados.

terada de esta agradable noticia, manifestó de mil maneras su extrema alegría. Deja inmediatamente sus hábitos de luto, se atavia, se engalana y se pone afeites, mientras por sus órdenes están trasportando el ataúd á la vieja casucha. La sala fué muy pronto limpia y ornada para la ceremonia de la conferencia y de las bodas, y preparábase mientras tanto el festín, á fin de que nada faltase para completar la fiesta. Al anochecer, la dama hizo preparar la estancia nupcial, la sala fué iluminada con un gran número de bellas linternas con hachas dentro, y sobre la mesa del fondo ardía la antorcha de las bodas. Cuando todo estuvo listo salió Wang-sun con un hábito y una diadema que realizaba mucho la hermosura de su talle y de sus facciones. Estuvo muy pronto á su lado la dama cubierta con una larga berta de seda bordada con preciosos encajes, y se colocaron el uno al lado del otro, frente de la tea nupcial; formaban una hermosa pareja. Puestos así tan juntitos, dábanse mútuo realce, así como las alhajas y las perlas hacen resaltar el brillo de un tejido de oro, y parecen ellas mismas mas ricas. Despues de las reverencias acostumbradas en semejante ceremonia, y de haberse deseado toda especie de prosperidades en su matrimonio, se dieron la mano y pasaron á la habitación interior: allí practicaron el gran rito de beber los dos uno tras otro en la copa de la alianza; luego se sentaron á la mesa. Concluido el festín y cuando está para acostarse, se halla asaltado el jóven esposo por horribles convulsiones: su cara aparece toda desfigurada, arquea y frunce las cejas, su boca se tuerce espantosamente, no puede dar un paso, y al subir á la cama cae en tierra. Allí tendido, lleva sus manos hácia el pecho, gritando con todas sus fuerzas, que tiene un cólico que le mata. La dama, ciegameute enamorada de su nuevo esposo, sin pensar en el lugar en que se halla, ni en el estado en que se encuentra, pide socorro, se echa sobre Wang-sun, le abraza, le asiste y le pregunta de su mal. Wang sun sufría demasiado para poder contestar; hubiérase dicho que estaba para espirar.

Acudiendo á las voces su viejo criado, le toma entre sus brazos y le revuelve.

— Querido, dijo con ansia la dama, ¿está sujeto tu amo á semejantes ataques?

— Varias veces los ha experimentado, contestó el anciano, pocos son los años que no sufra un ataque, y un solo remedio es capaz de salvarle.

— Dimelo pronto, exclamó la nueva esposa, ¿cuál es?

— El médico de la familia real, continuó el sirviente, es el que ha encontrado este secreto, que es infalible. Beber el seso de un hombre recién muerto desleído en vino caliente; las convulsiones cesan al instante y está curado. La primera vez que este mal le cogió, el rey su pariente hizo ejecutar á un prisionero que merecía la muerte, y sus sesos desleídos, como os he dicho, en vino caliente, lo curaron. Pero ¡ay de mí! ¿en dónde los hallaremos ahora?

— Escucha, repuso la dama, ¿los sesos de un hombre muerto naturalmente no harían el mismo efecto?

— Nuestro médico, respondió el criado, nos dijo que á falta de otros también servirían con tal que no hubiesen pasado cuarenta y nueve dias despues de su muerte, porque no estando entonces todavía secos, conservan su virtud.

— Eh, dijo la dama, hay apenas veinte que ha muerto mi marido; no hay sino abrir el ataúd y buscar el remedio.

— También habia dado yo en ello, replicó el criado, pero no osé proponerlo, porque creí que solo al pensarlo os horrorizariais.

— ¡Buena! contestó la señora, ¿no es ahora Wang-sun mi marido? Si necesitara de mi propia sangre para curarle, tendria yo reparo en ello? ¿y lo tendré para con un cadáver que será pronto polvo?

Deja al instante á Wang-sun entre los brazos de su viejo criado; toma con una mano el hacha destinada á hacer leña y la lámpara con la otra; echa á correr hácia las ruinas en donde estaba el ataúd; se levanta las mangas del vestido, agarra el hacha á dos manos, la alza y descarga con todas sus fuerzas un gran golpe sobre la cubierta del ataúd que parte en dos mitades. Y con algunos mas quitóle la cubierta. Como este movimiento extraordinario la obligó á resollar, se paró un instante, cuando le pareció oír un gran suspiro, y echando la vista sobre el ataúd, vió á su primer marido agitarse y ponerse sentado. Es fácil juzgar cuál seria la sorpresa de la dama Tian; el espanto, el terror la hicieron dar un agudísimo chillido; sus rodillas se doblegaron, y en su turbación dejó caer el hacha de sus manos.

— Querida esposa, la dijo Tchouang-tseu, ayudadme un poco á levantarme.

Cuando estuvo fuera del ataúd, tomó la lámpara y se fué hácia la casa. La dama le seguía con vacilante paso y cayéndole copioso sudor de la frente, pues allá estaba el jóven Wang-sun y su criado, y estos debian ser el primer objeto que se presentase á la vista de su marido.

Cuando entraron en la habitación, todo estaba adornado y brillante, pero felizmente no estaban allí ni Wang-sun ni su criado. Cobró entonces un poco de ánimo la señora, y pensó en los medios de dar el mejor giro que se pudiese al asunto. Echando una tierna mirada sobre Tchouang-tseu.

— Vuestra pequeña esclava, le dijo, desde el instante de vuestra muerte ha estado día y noche pensando en su señor, cuya memoria tuvo ocupados todos sus instantes; por fin, habiendo oído un ruido bastante pronunciado que salía del féretro, y acordándome de historias de ciertos muertos que volvieron á la vida, me

lisongé que podriais ser de este número; acudí pues pronto y abrí. ¡Santo cielo! no ha sido engañada mi esperanza; ¡qué contento para mí volver á hallar un marido tan adorado, cuya pérdida estuve de continuo llorando!

— Cuánto os debo, dijo Tchouang-tseu, por tan viva y constante afición. Quédame sin embargo que preguntaros alguna cosilla; ¿por qué habeis dejado el vestido de luto y estais cubierta de recamada matraca?

Muy pronta fué la respuesta:

— Fui, dijo, á abrir el féretro con el secreto presentimiento de mi felicidad. El gozo que esperaba no era conciliable con un lúgubre vestido, y no convenia recibiros lleno de vida con hábitos de luto, por lo que tomé mis vestidos de boda.

— Bien, dijo Tchouang-tseu, pero ¿por qué hallábase mi ataúd en aquellas ruinas y no en la sala en donde debía naturalmente hallarse?

Esta cuestion enredó á la señora que no supo qué responder.

Echando Tchouang-tseu los ojos sobre los platos, las tazas y demás señales de regocijo, los consideró con atencion, y luego, sin explicarse, pidió vino caliente para beber, echó varios tragos sin decir palabra, mientras estaba entregada la dama á su agitacion. Luego tomó papel y pincel (1) y escribió los versos siguientes:

Esposa deslea!, es tu conducta
La conducta de un pérfido enemigo:
Con palabras hipócritas me halagas,
Palabras que me irritan y abomino.
De tu tálamo odioso me separo:
Temo verte en cadalso convertido,
Temo que un día tu adorada mano
Quebrante sin piedad el cráneo mio.

Despues de lo cual, dijo Tchouang-tseu á la dama:

— Mira á esos dos hombres que están detrás de ti, y se los enseñaba con el dedo.

Ella se vuelve, y ve á Wang-sun y su antiguo criado que estaban para entrar en la casa. Esto fué para ella un nuevo objeto de espanto, y habiendo vuelto por segunda vez la cabeza, vió que habian desaparecido.

Por fin, desesperada la infeliz al ver sus intrigas descubiertas, y no pudiendo sobrevivir á su vergüenza, se retiró; desató la faja de seda que le ceñía el cuerpo, y se colgó de una viga. ¡Fin deplorable á que es conducido el que se abandona á una pasión vergonzosa! Ella murió de veras, y sin ninguna esperanza de volver á la vida.

Tchouang-tseu habiéndola hallado en este estado, la descolgó, y sin mas ceremonias arregló un poco el ataúd, en donde la puso; luego haciendo un ridículo repique con los vasos, los platos y demás utensilios que habian servido para la fiesta de las bodas, entonó una canción apoyado en un ángulo del ataúd. Desehaciéndose luego en carcajadas y dando á derecha é izquierda contra los utensilios, todo lo rompió. Hizo mas; prendió fuego á la casa que estaba cubierta de paja; todo fué pronto reducido á cenizas. Esta fué la hoguera de la desgraciada Tian, de la que no quedó ni señal. No se salvó del incendio sino el Tao-té-Kin. Los vecinos le recogieron y le conservaron. Despues de esto Tchouang-tseu empezó nuevos viajes, bien resuelto á no contraer nuevas nupcias. Encontró á Lao-tseu con quien cobró amistad íntima, y se hizo un célebre filósofo.

CELESTINO GALLI.

Curiosidades científicas.

LO MARAVILLOSO EN LA HISTORIA NATURAL.

Lo maravilloso prenda á todos, porque si interesa al fisiólogo, recrea á los demás. Voy pues á hablaros aqui de algunos de los miles de portentos que la naturaleza ha ido derramando en sus pasos, sin que los hayais visto; voy á haceros presenciar aquellas entidades tan obvias y tan caprichosas, y sin embargo harto desconocidas, que van á mudar á vuestros ojos la faz del universo, y á trasformar el globo que habitais, la provincia que os ha visto nacer y el jardín en que cultivais los tulipanes, en un mundo encantado en que nada obedece á las leyes ordinarias de la naturaleza; en que, los vivientes, las plantas y todo cuanto existe está sujeto á las poderosas leyes de la magia mas fantasmagórica. Por amor vuestro me hago mágico, y os voy á apersonar con entes mucho mas extraordinarios y mucho mas peregrinos que cuanto hayais podido leer en los cuentos de hadas, de resucitados y de hechiceros; mucho mas fantásticos que aquellos duendes y endemoniados cuyas asombrosas historias os contó vuestra nodriza; pues vereis á unos, que, despues de una lucha reñidísima, toman, no sus armas quebradas, sino sus brazos contusos; otros que, descabezados, se pasean señorialmente. Cuales, semejantes á la hidra infernal, se crean

(1) Los chinos, como se sabe, escriben con un pincel que manejan muy diestramente mojándolo en tinta de la China, que no es tan líquida como la nuestra, y escriben de abajo arriba, como Mandtchones, y de derecha á izquierda.

nuevas cabezas conforme se las van cortando; los unos mas duchos que el mismo Proteo, sortean el peligro con mil trasformaciones sucesivas; los otros mueren cuando los benéficos rayos del sol los bañan con su influjo, y resucitan como los vampiros, cuando la tempestad amenaza asolar la tierra; pero no nos anticipemos, y empecemos dando un paseo por la Nueva Holanda.

Ya sabeis que los antiguos naturalistas formaron una gran clase de irracionales que denominaban cuadrúpedos, porque todos tenían cuatro piés; mas las ranas, los lagartos, las tortugas, teniendo asimismo cuatro piés, hubieran debido clasificarse entre los cuadrúpedos, lo que repugna evidentemente á todas las analogías: porque la rana se hubiera hallado en la misma clase que el caballo, el lagarto con los monos, etc. Dieron pues el nombre de Reptiles á todos los que, teniendo cuatro piés, arrastran el vientre, y tienen el cuerpo desnudo ó cubierto de escamas y ponen huevos. La clase de los cuadrúpedos se encontró luego ceñida á los que tienen el cuerpo cubierto de pelos y que paren los hijos vivos. Hace cincuenta años que los naturalistas modernos adoptaron estas dos clases, bajo los nombres de cuadrúpedos ovíparos y vivíparos. Vino en fin el célebre Jorge Cuvier, que desechó la clase de los cuadrúpedos vivíparos, para amoldarla á una nueva division, que llamó la de los mamíferos ó animales que tienen tetas para amamantar á sus hijos, y en este estado se halla la ciencia.

Ahora llegamos á la Nueva Holanda, y hémos aqui cerca del Puerto Jackson, considerando unos animales que juegan por encima de las olas, y á través de las cañas de un pantano. De lejos, los teniamos por nutrias, pues tienen, poco mas ó menos, el mismo color y la misma estatura; como ellas, nadan con gracia surcando la superficie de las aguas con portentosa rapidez. Mas acerquémonos, y conforme vayamos estudiando estos entes particularísimos, andaremos de asombro en asombro, porque son ornitorincos (*Ornithorincus paradoxus*). A primera vista lo mas peregrino en ellos es la cabeza, que está cubierta por la parte posterior de un pelo corto y liso; la pequenez de los ojos y la falta de orejas, así como la forma general del cráneo, le hacen parecer algo á un topo; pero este mismo cráneo se prolonga por la parte anterior en un verdadero pico de pato, largo, chato, y tiene asimismo sus orillas guarnecidas de laminitas transparentes. Encuétranse en este pico dos lenguas: una larga, extensible, erizada de pelos cortos y estrechos; otra corta, espesa, que tiene por delante dos puntitas carnosas. A la entrada de la garganta hay ocho dientes, dos en cada quijada; pero estos dientes carecen de raices, son de corona chata y están compuestos de tubos verticales.

El cuerpo del ornitorinco es prolongado y casi cónico como el de una foca, cubierto de pelos rojizos, menudos y lisos, terminado por una cola corta, pero lisa, como la del castor; tiene las piernas cortas y los piés de las delanteras están enlazados con una membrana que no solo reúne los dedos, sino que se extiende mas allá de las uñas, y resulta de esta rareza sin ejemplo que los dedos parecen como perdidos en una especie de aleta. En los piés traseros termina la membrana en la raíz de las uñas; pero tienen otra particularidad no menos notable, y es que están armados, como las patas de un gallo, de un espolon especial, largo, puntiagudo, y que los habitantes del país dicen que tiene una picadura venenosa. Ya veis que el tal ente ambiguo participa á un tiempo del ave y del pez, á pesar de ser un cuadrúpedo. Su clasificación no embarazó de ningún modo á nuestros naturalistas, que lo colocaron, sin titubear, entre los mamíferos por la consideracion de sus piés, de su cuerpo cubierto de pelo y de algunos otros caracteres. Pero aquí es donde empieza para ellos, no lo desatinado de la naturaleza, sino lo fantástico de la ciencia. Este maldito ornitorinco es ¡ay! un mamífero que no tiene tetas, es un cuadrúpedo vivíparo que pone huevos. Y luego, ¡trabajad cuarenta años de la vida para labrar un sistema! Por lo demás, se conocen en el día, bajo los nombres genéricos de ornitorincos y de equidneos, cinco ó seis especies de vivientes que, lo mismo que el de que acabamos de hablar, son mamíferos, y nunca se les ha podido hallar tetas, y ponen huevos que probablemente empollan como las gallinas y los patos.

Entre los peces, hay uno en extremo comun, esparcido por todas las partes del globo, y que ha desesperado igualmente á los sabios, y es la anguila comun (*Murena anguilla*, Lin.); pues todas las investigaciones hechas para saber cómo se multiplica, y si pone huevos ó pare, se han frustrado; se han disecado á miles, sin haber podido hallar nunca en ninguna ni aun la apariencia de los sexos. ¿Pues de dónde procede ese animal que se pesca con tanta abundancia en la mar, en los rios, y hasta en los arroyos mas pequeños? ¿Es hijo de un arenque ó de un gobio, como dicen los crédulos pescadores? Esta opinion es inadmisibile. Mas hé aqui un hecho muy reciente que ha de apurar mas á los naturalistas: un ingeniero mandó excavar hace años un pozo artesiano en un pueblo muy apartado del mar, como de toda porcion de agua bastante crecida para criar peces; los trabajadores excavan hasta algunos centenares de piés, y llegados á una enorme profundidad, retiran su ingeniosa sonda; y elevándose con impetu el agua, se arroja por los aires en chorro claro y brillante, y vuelve á caer al suelo en forma de una lluvia de anguilas. En otro tiempo hubieran exclamado: ¡qué milagro! mas el ingeniero se contentó con coger cinco ó seis de ellas, que puso en una re-

doma que envió á Paris á la Academia de Ciencias, donde yo las vi; en nada difieren de nuestras anguilas comunes, exceptuando en la magnitud, que no pasa del grueso de un cañon de pluma, y en la longitud, que es de cinco á seis pulgadas. ¿Sería la anguila hija de la tierra, como aquellos vivientes fabulosos cuyos milagros nos han contado los antiguos?

Ya que estamos hablando de los misteriosos habitantes de las entrañas de la tierra, quiero manifestaros uno que, así como el ornitorinco, contradice la ciencia: Trasladémosnos á la Carniola, y, provistos de teas, internémosnos por aquellas lóbregas cavernas cuyas centellantes estaláctitas atraen la admiración de los mineralogistas. Llegados al fondo de aquellas bóvedas húmedas, una cascada tan clara como el cristal mas puro interrumpirá repentinamente nuestra marcha, y el remoto ruido de otra cascada vendrá á morir en nuestro oído. Tales son los canales subterráneos por los que ciertos lagos de la Carniola se comunican entre sí. Ningun ente puede resistir á la penetrante frialdad de aquellas aguas privadas para siempre de las blandas influencias del aire y de la luz, excepto el proteo serpiente (*Proteus anguinus*, Cuv.), que vereis caminar lentamente por los peñascos del fondo, y á veces salir y arrastrarse pausadamente por la arena de berroqueña de las márgenes.

Los antiguos creían en la existencia de animales anfibios, es decir, que podían igualmente vivir en el seno de las aguas y en la tierra, teniendo por consiguiente una facultad igual de descomponer el aire y el agua para respirar; mas nuestros modernos han negado la posibilidad de tal facultad, porque el pulmón, han dicho, es el único órgano propio para descomponer el aire, y el aparato de las agallas es solo propio para descomponer el agua; y como no es posible que un animal tenga á un tiempo pulmones y agallas, no puede haber animales anfibios.

Ahora, ved ahí que vosotros y yo estamos examinando uno de aquellos proteos que pescamos en la caverna de la Carniola, y lo primero que nos salta á la vista es que tiene pulmones con que descompone el aire cuando sale del agua y le place hacerse reptil, y agallas que le forman tres lindos penachos á cada lado de la cabeza, que le sirven para descomponer el agua necesaria á su respiración, siempre que le placere vivir á la manera de los peces. Su cuerpo tiene diez y ocho pulgadas de longitud y casi no pasa del grueso del dedo y remata en una cola lisa que le sirve á un tiempo de remo y timón. Su hocico es prolongado, hundido, y sus dos quijadas están guarnecidas de dientes. Es ciego, pues su ojo, excesivamente pequeño, está escondido debajo de la piel. Aquí admirareis la prevision de la naturaleza que le privó de un órgano de todo punto inútil, mientras esté condenado á vivir en las tinieblas de aquellas profundas cavernas; pero le dió los gérmenes de él para que los desarrollara, caso que una revolución geológica lo volviese á echar para siempre en la superficie de la tierra. Propendemos á opinar que tuvo las mismas miras al darle el doble órgano respiratorio y cuatro patas, tan cortas y pequeñas, que casi le son inútiles, pues tiene que arrastrarse á la manera de las serpientes.

La sirena (*Siren Lacertina*, L.) que habita los pantanos de la Carolina, si se adoptase esta opinion, no sería tal vez mas que un proteo modificado por la luz del día, y por el elemento que no puede abandonar por razon de los rayos desecantes del sol. En efecto, solo difiere de él por sus ojos abiertos, pero excesivamente pequeños, y tambien por sus patas mas escasas, pues no le quedan mas que las de delante, y tan pequeñas, que no son mas, por decirlo así, que rudimentarias. Su cuerpo se ha teñido, lo mismo que todos los seres expuestos á la viva luz del día; de un blanco pálido ha pasado á ser negruzco; ha aumentado de pujanza, travesura y tamaño, y bajo estos tres puntos de vista, puede compararse á una anguila de tres piés de longitud. Mas le han quedado los pulmones, y sus tres agallas fluctúan aun libremente por ambos lados de la cabeza. Por lo demás, os doy esto como una hipótesis que sois muy dueños de conceptuar tan fantástica como aquellos cuentos de nodrizas que os he citado mas arriba.

Entrambos vivientes pertenecen á la familia de los reptiles *batracienses* de Cuvier, familia que ofrece los fenómenos mas extraños de pujanza vital. Veamos si el acaso ó nuestra buena suerte nos suministrará materia para algunas observaciones en los charcos y los fosos de agua limpia de las cercanías de Paris.

Ved ahí un lagarto que nada con gracia en el charco de Auteuil; su cuerpo es de un moreno claro por la parte superior, y de un lindo encarnado por la inferior, salpicado por todas partes de manchitas redondas y



El caballero V. Florio, de Palermo.



Medalla de las sociedades de socorros mutuos en Francia.

negras; su cabeza está rayada del mismo color; el lomo del macho está engalanado, pero solo en la primavera, de una hermosa cresta festoneada. Esta es la salamandra puntuada (*Salamandra punctata*, Cuv.) de los naturalistas, y con ella haremos nuestros experimentos. Tomémosla, cortémosle una pata ó raíz del cuerpo, y echémosla en el estanque del jardín. Al cabo de ocho días le encontraremos un muñon que se ha alargado y nos ofrece una articulacion hácia su parte media, que representa el codo. Despues de algunos días, ha tomado este muñon formas vistosas, y reconocemos fácilmente el brazo y el antebrazo; se termina por una especie de empaste ensanchado, que pronto veremos dividirse en dedos, que se compondrán del mismo número de falanges que los de la otra mano. En fin, al cabo de un mes, mas ó menos, según el calor de la estación, nuestra salamandra habrá recobrado su pata entera, absolutamente semejante á las demás, sin faltar nada; músculos, nervios, venas, arterias, huesos y ligamentos, todo está completo. Veamos si apuraremos esa extraña pujanza de reproducción; volvámosle á cortar esta pata; le volverá á crecer como antes, y tantas veces como queramos.

Probemos de cortarle dos simultáneamente; despues tres, luego las cuatro, y el fenómeno de reproducción tendrá la misma cabida que si no le hubiésemos cortado mas que una.

Si le arrancamos un ojo, el animal va á quedar tuerto sin duda. Nada de esto, pues miradle los párpados á los que la terrible herida que le hicimos resguardaba del contacto del aire; miradlos cómo, sin abrirse, poco á poco van brotando del fondo de la cuenca. Se hinchan por grados, y en breve se asemejan á un grande bulto pronto á abrirse. En efecto, en una hermosa mañana, en el momento en que el sol, elevándose sobre el horizonte, lanza sobre la naturaleza su primer rayo creador, reanimada la salamandra por un calor suave, hace un esfuerzo, abre entrambos párpados, y vuelve hácia el padre de la fecundación dos ojos, el uno tan brillante como el otro, que reflejan ambos el vivo resplandor de la luz del día.

Toda vez que los párpados protegieron la formación portentosa de este nuevo ojo, volvámoslo á arrancar, y con unas tigas cortémosle los párpados. Mas ved ahí que la llaga se cubre de un humor blanco y materioso

que, espesándose, se convierte en una membrana protectora, que fortaleciéndose luego, se tiñe y trasforma en párpados. El fenómeno de reproducción no tiene ya inconveniente, y solo hemos atrasado de algunos días la formación del nuevo ojo.

Vamos á aplicar nuestros experimentos á un órgano mas esencial, cual es el cerebro. En el hombre, como en todos los animales, es el cerebro la raíz de los nervios y el asiento de la sensibilidad.

(Se continuará.)

El caballero V. Florio,

DE PALERMO.

Aunque «nadie es profeta en su país,» hay sin embargo notables excepciones. A raros intervalos surgen en la vida de los pueblos individualidades superiores que obtienen hoy parte de sus conciudadanos en el mismo sitio en que han nacido; y vivido, una gloriosa justicia, que se adelanta á la gratitud de la posteridad. Así le ha sucedido al caballero Vincenzo Florio, que murió en Palermo (Sicilia) el 11 de setiembre de 1868. En sus exequias hubo una manifestación imponente y testimonios de vivísimo sentimiento. El hombre político que tales tributos merecía, no podía menos de ser

un hombre distinguido, y, con efecto, puede decirse que el senador Florio era en su país el ídolo de las poblaciones.

Nacido en Bagnara en las Calabrias, el 4 de abril de 1799, V. Florio fué á Palermo con su familia siendo muy niño. En Palermo se crió y se educó, y allí puso una humilde tienda con escasos recursos. Pero con su inteligencia y su amor al trabajo, supo ensanchar muy luego su esfera de acción, y llegó á crearse en el comercio, en la hacienda y en la industria un nombre cuya celebridad no debía encerrarse en la Europa. La fama del tendero de Palermo estableció su crédito en América y en distintos puntos del globo. Servicial por naturaleza, progresivo por temperamento, además de sus vastas creaciones personales, no hay una empresa útil á la Sicilia que él no haya fomentado. Extraño en la buena fortuna á todo sentimiento de mezquino egoísmo, socorrió á

la desgracia y puso en buen camino á jóvenes que se recomendaban por su aptitud y probidad.

Bajo todos estos conceptos el nombre del caballero V. Florio pertenece á la historia de las notabilidades de nuestra época. El triunfo por medio del trabajo es un ejemplo que no se debe pasar en silencio. ¡Ojalá tenga muchos imitadores el honrado ciudadano que la ciudad de Palermo puede reclamar y citar con justo orgullo como uno de sus mas ilustres hijos.

P. P.

Las sociedades de socorros mutuos

EN FRANCIA.

La Francia posee hoy 2,237 sociedades de socorros mutuos, las cuales reúnen un personal de 20,192 miembros honorarios y 255,472 miembros participantes. Su haber se eleva á 9.600,000 francos. Por un decreto de 22 de enero de 1852 se constituyó en su favor una dotación de 10 millones.

La sociedad de socorros mutuos de los ugieres, mozos de oficina y de servicio de las administraciones públicas de Paris se ha fundado con el objeto de asegurar á sus adherentes, por medio de una cotización mensual de dos francos, los cuidados médicos y farmacéuticos, los gastos fúnebres y una reserva. Apenas hace cuatro años que existe y ya cuenta setecientos socios.

Además posee un capital de 80,000 francos, de los cuales 74,000 se hallan depositados en la Caja de consignaciones.

Todos estos felices resultados han sido expuestos en una reunión de esta Sociedad que tuvo lugar el 20 de junio.

Al principio de la sesión se distribuyó á todos los socios una medalla, como distintivo para asistir á estas reuniones, cuyo dibujo se verá en esta página.

R. R.